

MUNIBE (San Sebastián)

Sociedad de Ciencias Naturales **ARANZADI**
 Año XXIII - N.º 2/3 1971 - Páginas 255-283

La Cueva de la Paloma (Asturias).(*)**IGNACIO BARANDIARAN**

Hace más de medio siglo, en 1918, comenzó José Miguel de Barandiarán, con Telesforo de Aranzadi y Enrique de Eguren, la excavación del yacimiento paleolítico de Santimamiñe. Punto de partida de una asombrosa y continuada actividad de campo en cuyo apretado saldo han de anotarse tantas estaciones del Paleolítico y Mesolítico del País Vasco. Los estudios de Ermitia, Lumentxa, Santimamiñe, Bolinkoba, Urtiaga, Axlor, Atxeta, Lezetxiki, Kurtzia, Aitzbitarte IV, Marizulo, Altzerri o Ekain son otros tantos hitos trascendentes para la Prehistoria Cantábrica. Con ellos se ha cubierto adecuadamente la solución de continuidad espacial que aparentemente mediaba entre los yacimientos cantábricos de Asturias y Santander y las ricas estaciones de los Departamentos pirenaicos franceses. (1).

Así resulta hoy posible una visión cohesiva del Paleolítico Superior en la Costa Cantábrica y, en especial, de su liquidación, el Magdaleniense. De este período cultural se ofrece aquí un conjunto denso de estaciones en relativa dependencia en cuanto a influjo y personalidad de lo ultrapirenaico (especialmente de los núcleos culturales de Bases y Hautes Pyrénées, Haute Garonne y Ariège), pero a la vez con peculiaridades que han sido adecuadamente descritas por nuestros paleolíticos (2). Con las debidas matizaciones pudiera mantenerse una secuen-

(*) Este trabajo se ha preparado y desarrollado dentro del plan de Ayuda para el Fomento de la Investigación en la Universidad, del Ministerio de Educación y Ciencia.

(1) La amplia producción bibliográfica de J. M. de Barandiarán sobre cada uno de los yacimientos concretos del Paleolítico vasco se completa con valiosas visiones de conjunto: «*El hombre primitivo en el País Vasco*» («Zabalkundea», San Sebastián, 1934), «*Catalogue des Stations Préhistoriques des Pyrénées Basques*» («Ikuska», Sare, 1946), «*La Prehistoria en el Pirineo Vasco. Estado actual de su estudio*» (tirada aparte de «I Congreso Internacional del Pirineo», Zaragoza, 1952) y «*El Hombre Prehistórico en el País Vasco*» («Ekin, Buenos Aires, 1953). Para la bibliografía de conjunto sobre el tema en el País Vasco: I. BARANDIARAN, «*Bibliografía sistemática de Prehistoria Vasca. I. Paleolítico y Mesolítico*» (en «Munibe». 3-4, San Sebastián, 1970; páginas 205 a 225).

(2) Son de especial importancia los trabajos de H. OBERMAIER («*El Hombre Fósil*». Madrid, 1916 y 1925). F. JORDA (sobre todos, para el Magdaleniense Cantábrico, «*Avance al estudio de la Cueva de la Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias)*», Oviedo, 1958, las numerosas monografías de J. GONZALEZ ECHEGARAY y J. M. DE BARANDIARAN, o las síntesis de M. ALMAGRO y L. PERICOT.

cia cultural que del Solutrense avanzado (o IV Cantábrico de Jordá) haría transición al Magdaleniense III (muy abundante) y por escasos testimonios del IV llegaría quizá al «optimum» de densidad de habitación en el V y VI, dándose luego una lenta progresión hacia el Aziliense.

Donde mejor pudiera estudiarse tal proceso evolutivo, por la presencia de casi todos esos estadios enunciados, es en las asturianas cuevas del Cueto de la Mina y de La Paloma y en la santanderina del Castillo. Pero, desgraciadamente, sólo son hoy aprovechables en un sentido pleno las observaciones del Cueto de la Mina, cuya correcta Memoria publicó el Conde de la Vega del Sella en 1916; dado que ni La Paloma ni El Castillo poseen una descripción suficientemente detallada ni sus materiales están ordenados en forma aprovechable.

En la situación actual de nuestra Ciencia se precisan, junto a las nuevas investigaciones que matizarán las afirmaciones tópicas, las detenidas revisiones de trabajos y materiales anteriormente publicados. Como justo homenaje a quien tanto ha laborado por la Prehistoria peninsular, y especialmente al mejor conocimiento de la evolución del Magdaleniense cantábrico, deseo revisar algunos aspectos de interés del contenido arqueológico de la Cueva de La Paloma.

Situada en Soto de las Regueras —no lejos de la de San Román de Candamo— constituye, en el centro de Asturias, una de las estaciones más occidentales del Magdaleniense europeo. En 1912 había detectado ahí J. Carballo un yacimiento arqueológico que fue excavado en dos campañas, 1914 y 1915, por la eficiente «Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas»: bajo la dirección de E. Hernández Pacheco colaboraron el Conde de la Vega del Sella, J. Cabré y P. Wernert.

La bibliografía original sobre el yacimiento y sus materiales se debe a E. Hernández Pacheco: tras cortas noticias de información en 1915 y 1919 y un par de artículos de presentación de las piezas más importantes de arte mueble (3), publicó con motivo de un libro-homenaje a Santiago Ramón y Cajal (en el tomo II) «La vida de nuestros antecesores paleolíticos según los resultados de las excavaciones en la Caverna de La Paloma (Asturias). (4). Desgraciadamente esta Memoria, la más completa sobre La Paloma, quedaba reducida a simple informe orientativo en que se describían muy de pasada los principales períodos detectados y se reproducían los materiales más llamativos. En 1959 volvió Hernández Pacheco a referirse a la Cueva pero sin añadir nada nuevo a lo anteriormente publicado. (5).

De modo que puede afirmarse que La Paloma se halla prácticamente inédita: y de ahí mi interés en reproducir y comentar aquí sus materiales no publicados.

Los puntos de vista de E. Hernández Pacheco deben completarse —y hasta rectificarse— con las precisiones críticas de H. Obermaier que afirma haber tenido noticias directas de tes-

-
- (3) Respectivamente: «*Estado actual de las investigaciones en España respecto a Paleontología y Prehistoria*» (en pág. 28 a 32 de tomo I de «*Actas del Congreso*» de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, 4.ª sección, Valladolid, 1915), «*La Caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*» (Madrid, 1919; se refiere de pasada a La Paloma en sus páginas 27-28), «*Plaques d'ardoise et os gravés de la caverne de La Paloma*» (páginas 334 a 341 del tomo XXXII de la «*Revue Anthropologique*», París, 1922) y «*Grabado esotérico del Magdaleniense medio de la cueva de la Paloma (Asturias)*» (en páginas 19 a 22 del tomo II de «*Actas y Memorias*» de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, Madrid, 1923).
 - (4) Se publicó como Memoria número 31 en la serie de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, de Madrid, en 1923.
 - (5) En «*Prehistoria del Solar Hispano. Origen del arte pictórico*» (Madrid, 1959, páginas 150 a 153 y 203 a 216, sobre todo: reproduciendo literalmente numerosos párrafos de la Memoria de 1923).

tigos oculares de los trabajos del investigador español y rechaza bastantes de sus apreciaciones. (6).

En las numerosas obras sobre el Paleolítico Superior peninsular apenas se hace otra cita de La Paloma que la puramente nominal; a no ser en algunas publicaciones de L. Pericot, F. Jordá y J. González Echegaray. (7).

El conjunto de los materiales obtenidos en La Paloma se guarda actualmente en la colección de Prehistoria formada por aquella «Comisión de I.P. y P», en el Museo Nacional de Ciencias Naturales, de Madrid.

En opinión de E. Hernández Pacheco se daba en La Paloma una secuencia completa del Magdaleniense III al Aziliense, constituyendo «el conjunto paleontológico-arqueológico más importante de esta época que hasta el presente existe en España». De la lectura —y, sobre todo, la contemplación de las figuras— de su informe descriptivo se deduce la innegable calidad de los materiales ahí colectados y la necesidad de su revisión completa, con vistas a un esclarecimiento de su secuencia cultural. Son deficientes las siglas conservadas sobre las piezas y sólo se puede acudir para su clasificación previa a los rótulos de su exposición que, es probable, se redactaran por el mismo E. Hernández Pacheco. En cualquier caso, y por las dudas que nos plantearía cualquier intento de aplicación de los sistemas estadísticos a la reconsideración de los ajuares líticos (cuando tan grande es mi incertidumbre sobre la determinación de sus niveles de procedencia; e individualmente no resultan, dentro de la secuencia Magdaleniense, característicos como para definir cada uno de sus estadios), he preferido ceñir esta revisión al instrumental óseo. Que, en algunos casos, posee en sí suficientes elementos de atribución cultural, por su calidad reconocible de «fósil director».

Este estudio no hubiera sido posible sin la amable acogida de los actuales dirigentes de ese Museo y las facilidades que me concedieron para el examen de la Colección. (8).

LOS MATERIALES

Admitiendo, en principio, las observaciones de Hernández Pacheco en su exposición del contenido arqueológico de la Cueva, presento los materiales de instrumental óseo que he revisado (la mayor parte inéditos), siguiendo la ordenación estratigráfica de aquel investigador.

En un espesor de relleno de hasta los 5 metros se desarrolla así su secuencia:

O. Sobre el fondo rocoso natural calizo se extiende un manto estéril concrecionado «de fosforita» y arenas.

(6) Vid. «*El Hombre Fósil*»: en la edición de 1916, páginas 187-188; en la de 1925, páginas 190-191, 231 y 325.

(7) Respectivamente, en: «*La Cueva del Parpalló (Gandía)*», Madrid, 1942 (páginas 300 y 322). «*Avance al estudio de la Cueva de La Lloseta...*» (páginas 56, 87-88) y «*El complejo cultural solutrense-magdaleniense en la región Cantábrica*» (páginas 10-11 de «*I Symposium de Prehistoria Peninsular*», Pamplona, 1960), y «*El Magdaleniense III de la Costa Cantábrica*» (páginas 78 y 98 de tomo XXVI de «*Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*», Valladolid, 1960).

(8) He revisado directamente los materiales en abril de 1966 y septiembre de 1968. Debo sincero agradecimiento a las facilidades otorgadas para este estudio por el Director del Museo, Dr. D. Francisco Hernández Pacheco, y por la Conservadora de la Sección de Prehistoria, Dra. Josefina Menéndez Amor; y a la eficaz ayuda prestada por el Preparador Sr. Francisco Viloria.

I. «Magdaleniense inferior» (9) «casi medio». Se presenta en un tramo poco rico en materiales. El instrumental lítico ofrece algunas piezas de tamaño grande, en cuarcita, y otras más pequeñas en sílex (escasos raspadores de extremo de lasca o lámina; he visto alguna laminilla de dorso); se citan puntas y azagayas en cuerno de ciervo (gruesas, en general) y algunas puntas o punzones dobles, y de sección triangular. El Gran Bóvido es el ejemplar mejor representado en fauna.

He catalogado en el Museo de Ciencias Naturales los siguientes objetos de hueso o cuerno:

- Varios fragmentos de punzones de sección circular (uno de ellos —de 5,5 mm. de diámetro— con rayas no discernibles).
- Cinco punzones o azagayas completos (una de sección circular aplanada, y base en doble bisel; dos de semejante sección y base, de tamaño mayor; una de sección circular y base monobiselada; y otra, muy pequeña, biapuntada).
- Cuatro colgantes, por perforación: un canino atrofiado de Cérvido, una *Turritella* y dos *Littorina obtusata*.
- Una diáfisis de hueso de ave recortada por ambos extremos, con marcas perpendiculares al estilo de las llamadas «de caza» sobre la zona dorsal y en uno de sus bordes.



Figura 1.—«Magdaleniense inferior».

- Una esquirla de diáfisis ancha con motivos grabados (Fig. 1): dos fusiformes (o escaleriformes) con trazos oblicuos de relleno y una cabeza animal estilizada, ligeramente estropeada. Consta esta cabeza de indicación de la línea del frontis, de una oreja y del arranque de un fino cuello (desproporcionado al tamaño de la cabeza), con un ojo señalado por un punto; en grabado seguro y profundo. A pesar de la simplicidad de su estilo puedo afir-

(9) Mientras que en la Memoria de 1923 Hernández Pacheco separa los dos conjuntos o «niveles paleontológico-arqueológicos» (Magdaleniense inferior y medio), en su «Prehistoria del Solar...» (página 153) los ofrece reunidos aclarando que ambos estadios culturales se presentan en «tres tramos con continuidad arqueológica».

mar que se trata de una cabeza de herbívoro sin cuernos (acaso una cierva), (10).

II. «Magdaleniense medio». Contenido en varios niveles, con bastantes restos de ciervo («*Cervus cantabricus* Graells») y de caballo. El instrumental lítico comprende láminas, buriles y raspadores «de múltiples y variadas formas»; siendo de destacar grandes piezas de cuarcita (raspadores carenados, láminas de retoque lateral completo). Señala Hernández Pacheco en industria ósea: agujas, punzones y azagayas (de bisel simple o doble), espátulas, diversos colgantes y hasta un bastón perforado de cuerno. (Fig. 2). En la Memoria de 1923 se presentan tres importantes testimonios del arte mueble: una diáfasis ósea con fino grabado de la cabeza y cuello de una cierva. (Fig. 2b); un fragmento de placa rota de pizarra, con parte de la zona inferior y trasera de un herbívoro (¿Cáprido?); y una espléndida placa completa de pizarra con un par de figuras de caballos en medio de un conjunto ilegible de otras líneas (esta pieza le sugiere a Hernández Pacheco el estilo mismo de los grabados parietales de la cercana Cueva de San Román de Candamo).

A estas muestras de arte mueble hay que añadir un cuarto ejemplar: se trata de la extremidad de un canto de pizarra en el que se ha grabado cuidadosamente el morro, boca y papada con arranque del cuello y el ojo de una cierva (mejor que caballo). Se aprovecha para todo el contorno frontal el mismo borde natural del canto; se le superponen otras líneas grabadas más finas de difícil interpretación. (Fig. 3a). (11).

El catálogo completo de piezas de industria ósea que he revisado incluye:

Siete punzones biapuntados con extremos muy agudos, de sección triangular robusta, con incisiones bastante profundas longitudinales (en la Fig. 3b ofrezco un ejemplar muy representativo); más tres fragmentos del mismo tipo (en el de la Fig. 3c con motivo en línea longitudinal bifurcada en ambos extremos; este mismo fragmento posee en una de sus antiguas fracturas restos de muy dudosa hendidura basilar, que no me parece intencionada).

Cuatro punzones de sección circular y base monobiselada.

Dos punzones de sección circular con bisel simple que ocupa casi la mitad de la pieza, y con extremidad distal acabada en forma carenada de sección triangular.

Seis fragmentos de punzones o azagayas de sección circular: uno de ellos corresponde a una base monobiselada (Fig. 4d) con rayas paralelas perpendiculares al eje de la pieza en esa cara de bisel, y con cortas marcas en la cara dorsal.

Una azagaya o punzón grueso de sección cuadrada (Fig. 4a) con surcos o acanaladuras longitudinales en sus cuatro caras, y con su base aguzada. Son abundantes los pequeños trazos perpendiculares en todo su fuste; en la zona de base posee notables muescas nada

-
- (10) Motivos semejantes a esos «escaleriformes» (algunos les suponen estilizaciones de peces o reptiles) los encontramos en: un pitón de cuerno con grabados del Magdaleniense III de Altamira (es mala la reproducción de E. CARTAILHAC-H. BREUIL, «*La Caverne d'Altamira à Santillane près Santander (Espagne)*», Mónaco, 1906, fig. 202.2), un fragmento de hueso del Magdaleniense VI de Schweizersbild (visto en el «*Schweizerisches Landesmuseum*», de Zurich), una azagaya de sección circular del Magdaleniense III de la Cueva de Maszycka (H. BREUIL-R. DE SAINT PERIER, «*Les poissons, les batraciens et les reptiles dans l'art quaternaire*», París, 1927; figura 20.9) y en un fragmento del Magdaleniense V del Abri Mège de Teyjat (L. CAPITAN-H. BREUIL-L. BOURRINET-D. PEYRONY, «*L'Abri Mège, une station magdalénienne à Teyjat (Dordogne)*» (en la «*Revue de l'Ecole d'Anthropologie*», París, 1906, fig. 71.3).
- (11) De los cuatro ejemplares de grabados figurativos enumerados, sólo los tres primeros habían sido descritos y representados en «*La vida de nuestros antecesores...*» (páginas 28 a 33 y figuras 22 a 27); a ellos dedicó su artículo «*Plaques d'ardoise et os gravés...*». En tanto que el canto de pizarra que he reproducido fue estudiado en «*Grabado esotérico...*», con un dibujo muy correcto de Benítez Mellado. En este mismo artículo se hace alusión, sin figurarlo, a un quinto ejemplar: pizarra con grabados de tipo reticulado que interpreta como esquematización de signos tectiformes (desconocemos su actual paradero).

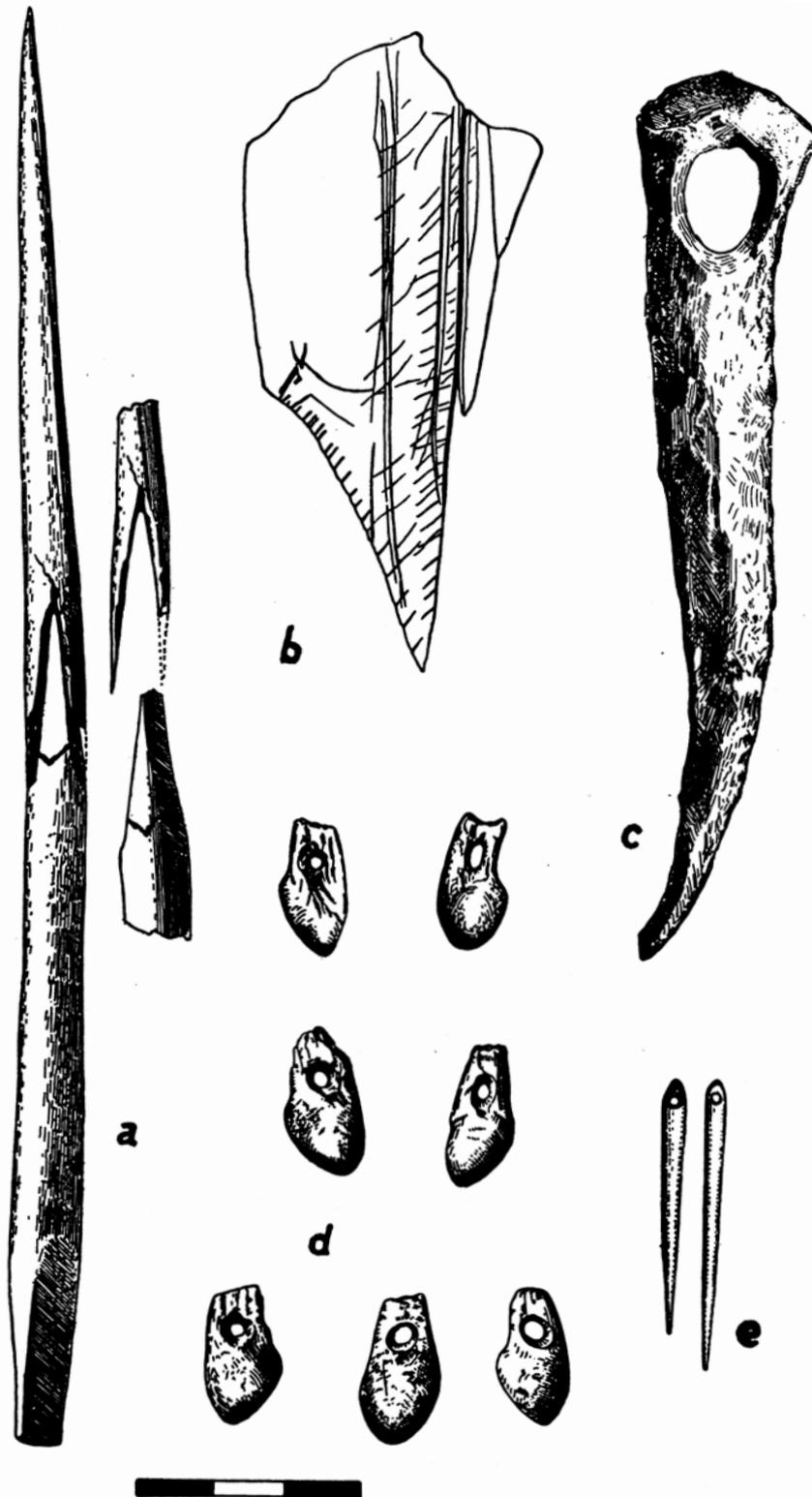


Figura 2.—(Según Hernández Pacheco, 1923.) «Magdaleniense medio».

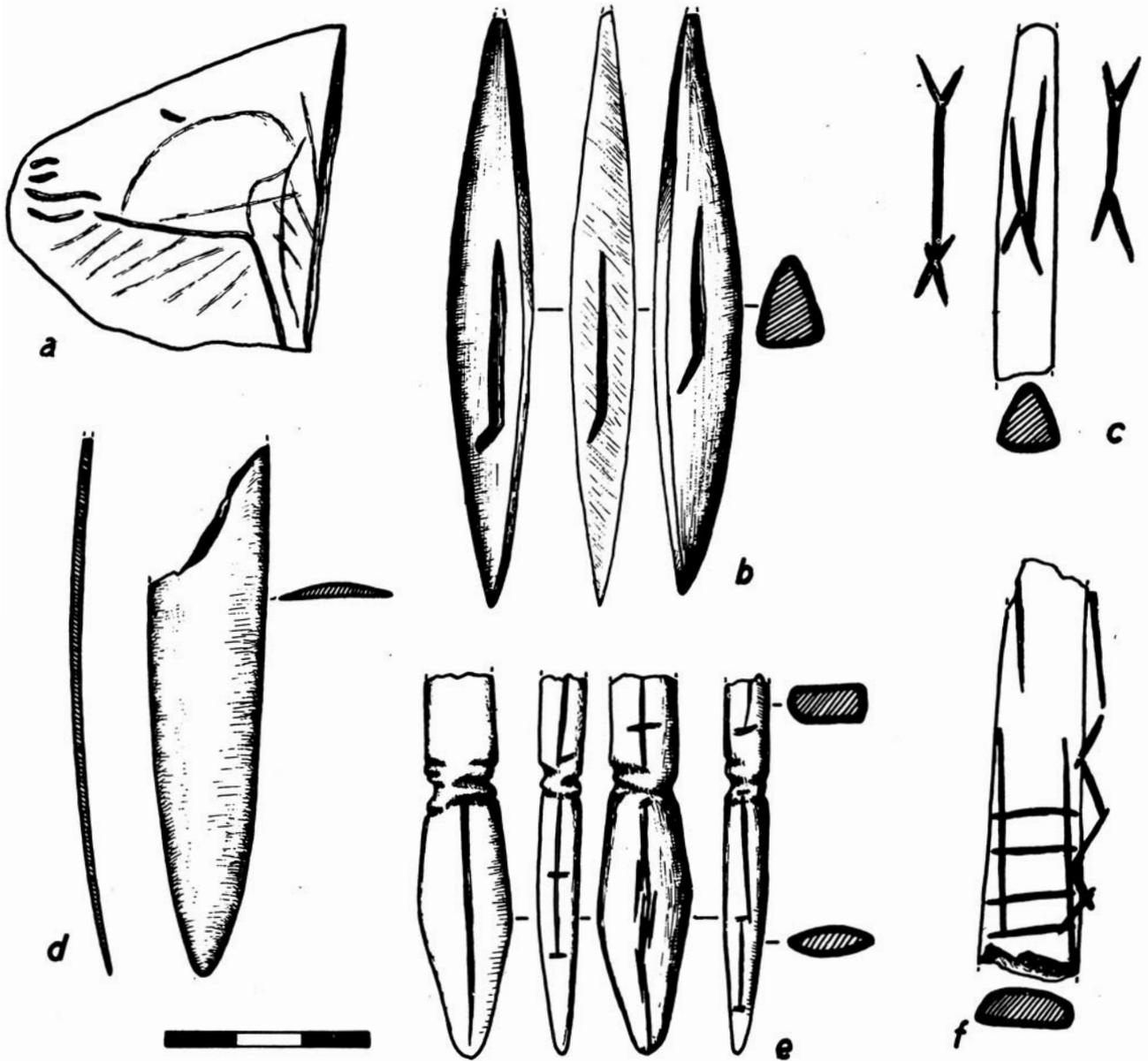


Figura 3.—«Magdaleniense medio».

frecuentes en los ajuares óseos contemporáneos. (12).

- Cinco puntas gruesas de sección aplanada (cuatro fragmentos, Fig. 4c; y una completa de base monobiselada o, mejor, aguzada).
- Una azagaya de sección circular, formada por dos piezas ensambladas. (13). (Fig. 2a).
- Una extraña punta recta de sección circular con su base monobiselada tan ancha y delga-

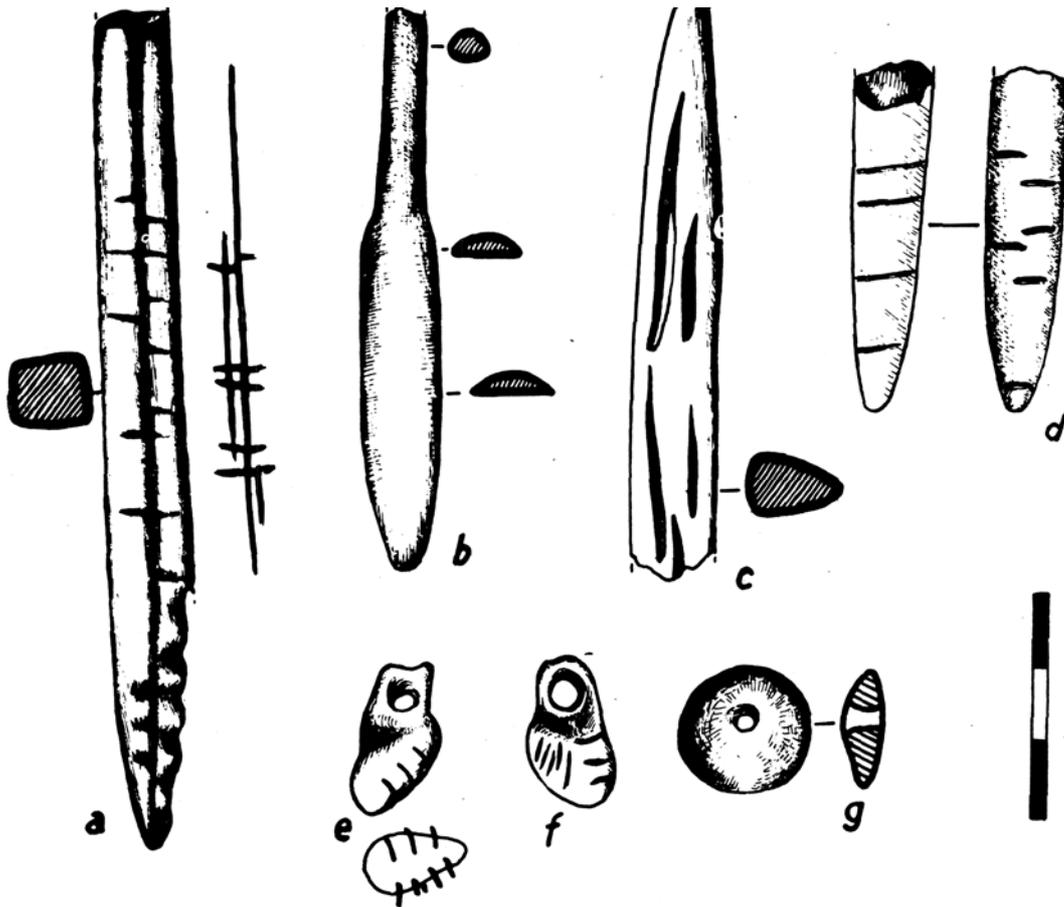


Figura 4.—«Magdalenienso medio».

- (12) No les encuentro paralelo. Ni pueden ser, en absoluto, interpretadas (invirtiendo el sentido de orientación de la pieza) como las muescas con que comienzan a destacarse en el Magdalenienso IV los dientes de un «prototipo» de arpón: interpretación que no va ni con la sección ni con el fuste acanalado de este objeto. Tampoco parece válida su comparación —en cuanto a tales muescas basales— con las que lleva un prototipo de arpón en un costado de su base, de Isturitz (R. DE SAINT-PERIER. «*La Grotte d'Isturitz. II. Les Magdaléniens de la Grande Salle*», París, 1936, fig. 38.4) o con las de una azagaya de sección cuadrada y base en doble bisel del Magdalenienso V de La Madeleine (D. DE SONNEVILLE-BORDES, «*Le Paléolithique supérieur en Périgord*», Burdeos, 1960, fig. 187).
- (13) El ejemplar, al que ha dado adecuado tratamiento y reproducción Hernández Pacheco en la Memoria de 1923 es —sin duda— uno de los más importantes hoy conocidos del tipo: puede verse, como complemento, el estudio de conjunto de esa categoría instrumental en G. MALVESIN FABRE-L. R. NOUGIER-R. ROBERT, «*Les sagaies à segment intermédiaire et pointe détachable dans les Pyrénées et les Cantabres*» (en II Congreso internacional de Estudios Pirenaicos, Luchon, 1954).

da (ésta es de sección planoconvexa final (Fig. 4b) que —con seguridad— sugiero su acondicionamiento proximal como espátula o lezna. (14).

- Un fragmento de varilla de cuerno de sección rectangular o planoconvexa (Fig. 3f), con motivo geométrico grabado fuertemente sobre el dorso y en un costado (escaleriforme y zig-zag). (15).
- Un bastón perforado muy tosco, en cuerno de Cérvido. (Fig. 2c).
- Fragmento distal de zumbador o bramadera, en cuerno, cuidadosamente adelgazado: conserva las huellas del instrumento lítico con que fueran desgastadas sus caras. (Fig. 3d).
- Tres agujas (una de ellas —sólo fragmento— posee «marcas de caza»). (Fig. 2e).
- Catorce dientes (menos un incisivo de pequeño herbívoro, son los habituales caninos atrofiados de *Cervus*) perforados. Dos de ellos (Figs. 4e y 4f) tienen marcas simples cortas sobre la corona o a los lados de la raíz. (Fig. 2d).
- Un extraño objeto (Fig. 3e) labrado en cuerno, roto distalmente. Posee sección rectangular que se aplanada y convierte en lenticular en su «base». Se le desarrollan decoraciones lineares en ambas caras mayores y sobre los bordes. Tiene un raro estrangulamiento por recorte y un ensanchamiento en su extremidad inferior. Me parece inadecuado afirmar que sea una pieza en trance de elaboración; como instrumento concluido —por otra parte— no le conozco paralelo en los ajuares contemporáneos de Eurasia. (16).

III. «Magdalenense superior». Debía estar aislado del precedente por un estrato estéril. Tiene un abundante utillaje del que Hernández Pacheco destaca, en lo lítico: variados raspadores (frontales sobre todo; he visto bastantes de pequeño tamaño y algunos tendiendo al disquito raspador), buriles diedros con una faceta sobre lado retocado, y laminillas de dorso. El mismo geólogo cita, de instrumental óseo: algunos punzones de base ahorquillada o bífida (en la Fig. 5g uno cuya hendidura basilar ocupa los 2/3 de la longitud de la pieza), varillas, azagayas («ornamentadas con dibujos geométricos o con estilizaciones de animales»), (Fig. 5 f.h.i.), colgantes, un «silbato», (Fig. 5e) y «varios arpones de una y de dos filas de dientes» (reproduce cuatro: dos de doble hilera de dientes y doble abultamiento basilar, uno de hilera única, y el otro de «tipo cantábrico» con base perforada). (Fig. 5, a.b.c.d.). Se refiere al hallazgo de restos humanos y de algún fragmento de mineral de hierro que supone Hernández Pacheco se utilizara para la pintura.

-
- (14) Pueden señalársele a esta pieza algunas semejanzas con útiles de diverso aspecto (colgantes, paletas, espátulas...) de Brassempouy (en el Magdalenense IV; n.º 47.072 de Col. Piette, en el Musée des Antiquités Nationales, de Saint-Germain-en Laye), de Gourdan (expuesto en exposición «Chefs-d'oeuvre de l'art paléolithique», de ese mismo Museo, 1969), de Lachaud (en el «Protomagdalenense» Ic: A. CHEYNIER, «L'Abri Lachaud à Terrasson (Dordogne)», en tomo XVI de «Préhistoire». París, 1965, figura 25.28) e Isturitz (E. PASSEMARD. «Sur les baguettes demi-rondes», fig. 2 de tirada aparte de sesión de 23 mayo 1916, del «Bulletin de la Société Préhistorique Française»).
 - (15) Este tipo de varilla de sección aplanada rectangular, y con motivo longitudinal en zig-zag sobre los costados (prescindiendo del escaleriforme), tiene puntos de relación con distintas piezas del Magdalenense III de la santanderina cueva del Juyo (P. JANSSENS-J. GONZALEZ ECHEGARAY, «Memoria de las excavaciones de la Cueva del Juyo (1955-56)», Santander, 1958: por ejemplo, los n.º 59, 61, 62, 63, 79, 87... del nivel IV).
 - (16) La máxima proximidad formal a la pieza de La Paloma se da en un extraño instrumento de cuerno de Bora Gran d'en Carreras (lámina V, y figura 30, de «Materiales prehistóricos de Serriñá...», por L. PERICOT-J. MALQUER DE MOTÉS): posee sección aplanada, estrangulamiento y dimensiones proporcionales a lo de La Paloma. El mismo tipo de estrangulamiento, toscamente realizado, ya había aparecido en cuatro llamadas «bobines» de cuerno del Gravetiense de Isturitz (R. y S. DE SAINT-PÉRIER, «La Grotte d'Isturitz. III. Les Solutréens, les Aurignaciens et les Moustériens», París, 1952, figura 64).

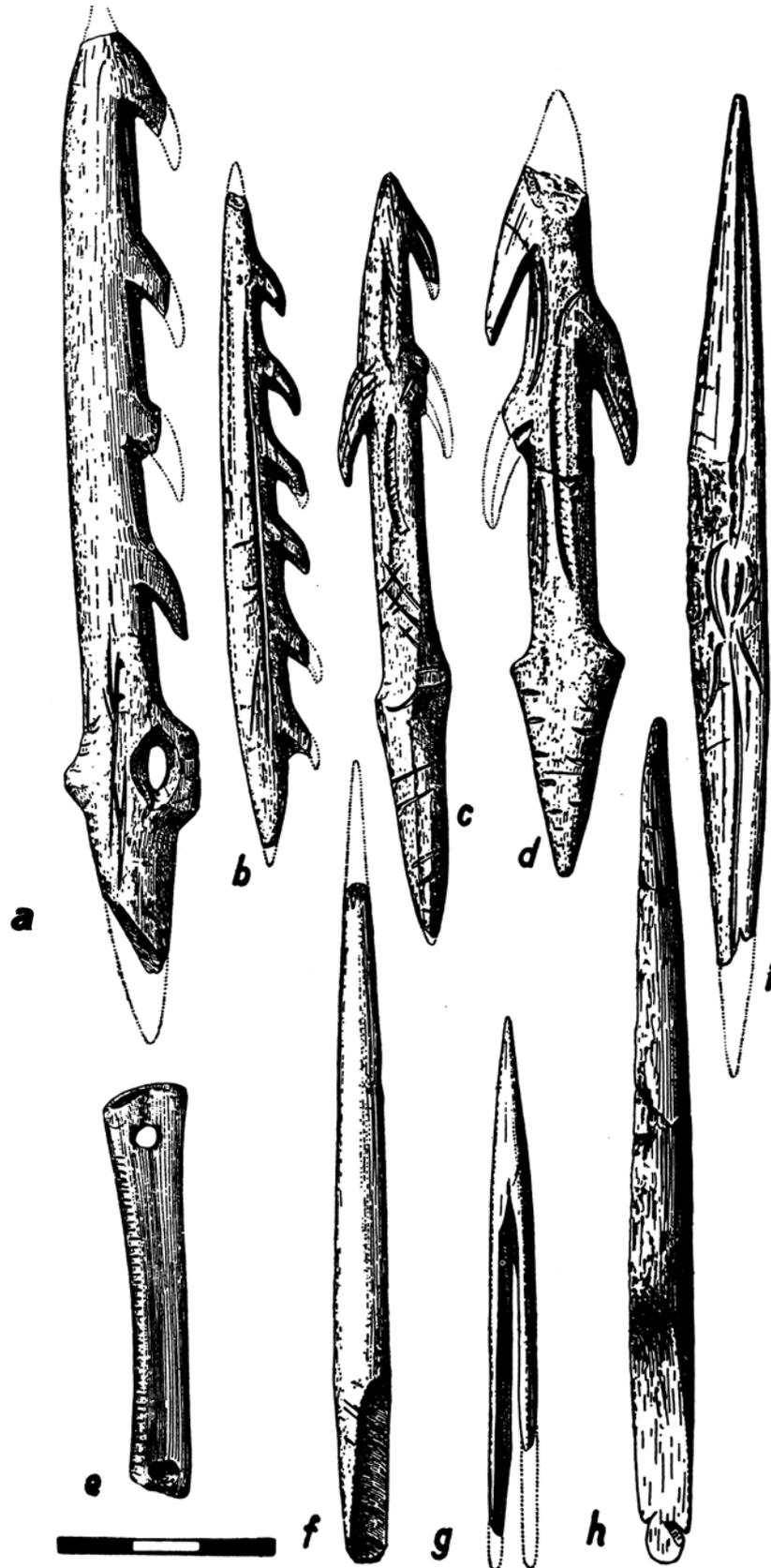


Figura 5.—(Según Hernández Pacheco, 1923.) «Magdaleniense superior».

En el Museo de Ciencias de Madrid se conserva un colgante de gran tamaño realizado a partir de un canto aplanado de arenisca de color rojizo oscuro; posee una perforación bipolar desplazada a un costado, y diversas muescas sobre uno de los bordes. (Fig. 6). Y los objetos de instrumental óseo siguientes:

- Fragmentos distales de tres arpones de cuerno, de una sola hilera de dientes angulosos y bien destacados del fuste. (Figs. 7, a.b.c.): su sección muestra tendencia al aplanamiento. Además hay una esquirla de cuerno con señales de recorte como empezando a desbastar un arpón más de simple hilera de dientes.
- Trece fragmentos de punzones y azagayas de cuerno, de sección circular (alguna ya ligeramente aplanada): los más gruesos alcanzan los 12 mm. de diámetro. En la Fig. 7g hay uno con motivo grabado longitudinal de aspecto de esquematización de un «pisciforme». En la 7i se desarrollan longitudinalmente varios conjuntos decorativos grabados con profundidad: son trazos largos enmarcando por los lados dos motivos «cerrados» enfrentados bastante semejantes (óvalo prolongado en un extremo por par de líneas divergentes

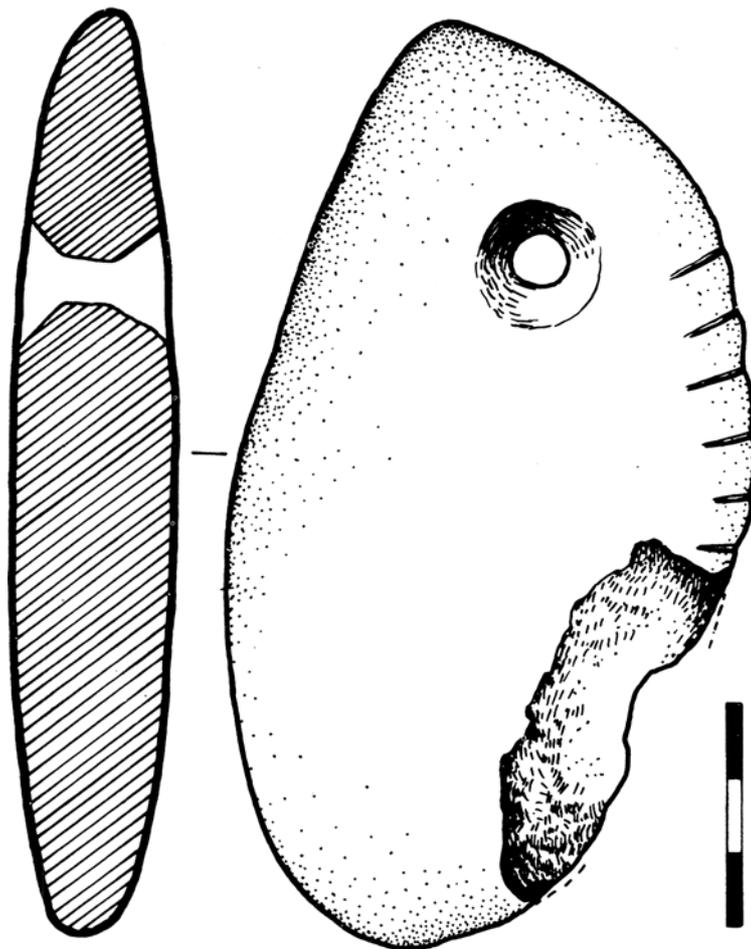


Figura 6.—«Magdaleniense superior». Canto rodado de arenisca.

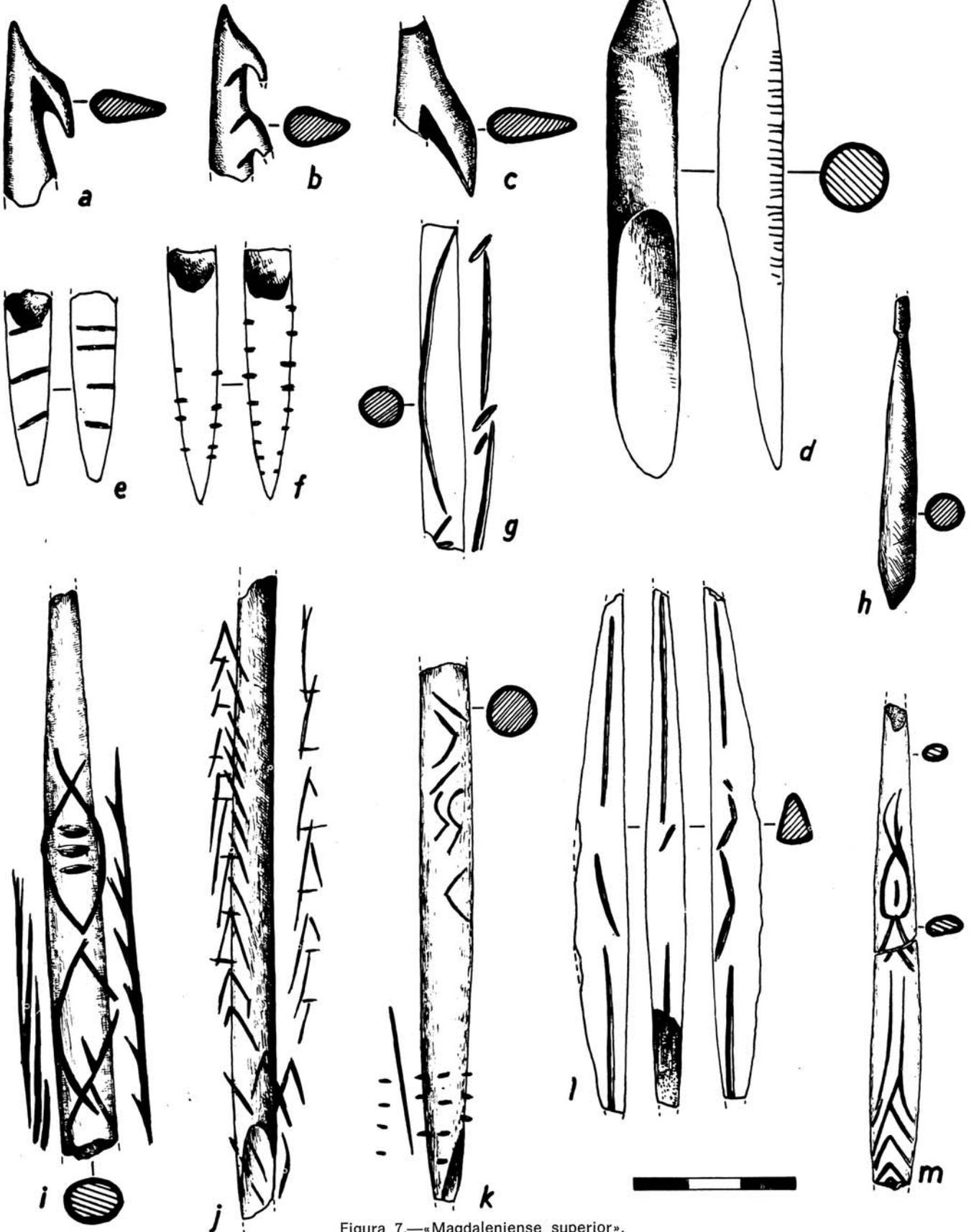


Figura 7.—«Magdalenense superior».

al modo de los que H. Breuil y R. de Saint-Périer supusieron esquematización de figura de pez). (17).

En el fragmento de azagaya de la Fig. 8b (de sección circular tendiente a la aplanada) se desarrollan dos figuraciones grabadas en trazo firme de sección en «V», no recogidas por Hernández Pacheco. Una de ellas representa un cuadrúpedo completo, en contorno esquematizante, con indicación de una sola pata por par y una cola larga: en su cabeza se ha señalado un ojo de huella triédrica realizado sin duda por el giro de una punta de buril como definió A. Marshack (18); no se le aprecia la oreja. Por la forma general del cuerpo, su cabeza alargada y de morro ancho y la largura de la cola debe catalogarse como representación de un Equido. Contigua a esa figura se halla la de una cabeza animal de mayor tamaño que interpreto con alguna inseguridad: representaría un cuerno corto y recto por simple trazo grueso, una oreja puntiaguda, el ojo ovalado o romboide y un rasgo que significaría la parte baja del morro. Con lo que nos hallaríamos ante una figura de Cáprido. Se

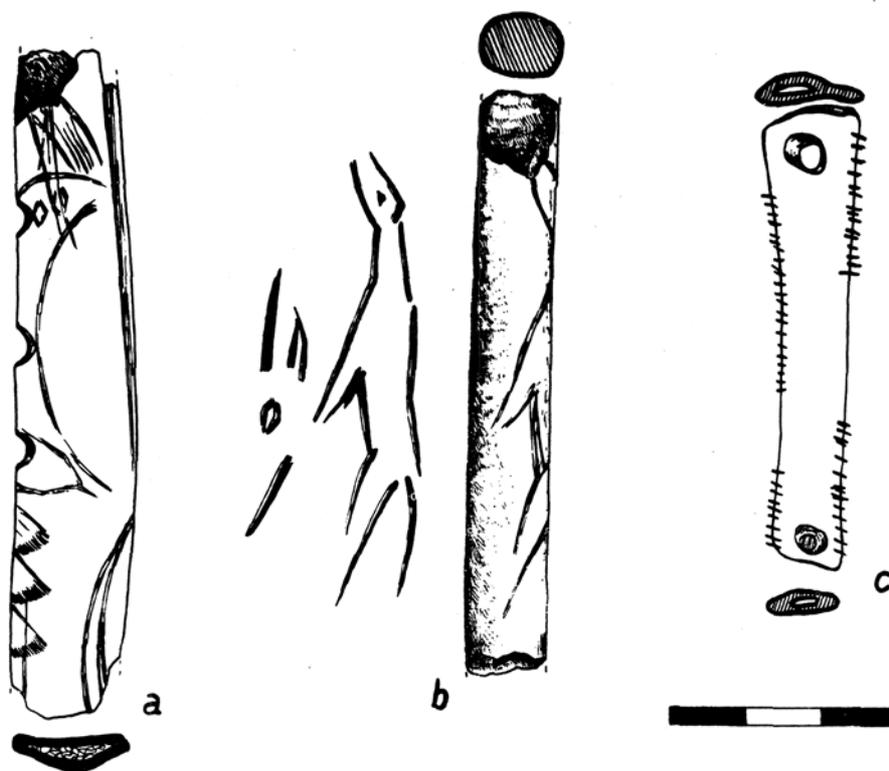


Figura 8.—«Magdaleniense superior».

- (17) Véanse los capítulos IV y V de «*Les poissons, les batraciens...*», de H. BREUIL-R. LANTIER. y compárense los motivos de La Paloma con los de Le Placard (sobre todos), Lourdes, Le Chaffaud... casi siempre en el Magdaleniense III.
- (18) En «*Documentary and analytic evidence for an evolving system of Lunar notation in Aurignacian, Perigordian, Gravettian to end of Magdalenian*» (comunicación el 26-VIII-1966 al «VII Congreso Internacional des Sciences Pré- et Protohistoriques», Praga) ofreció tal procedimiento tecnológico (una punta de sílex que, apoyada en un punto concreto, describiera sendos cuartos de giro a derecha e izquierda), documentándolo en una detenida observación microscópica de sus huellas.

asemeja mucho a la cabecita que —atribuida al «Magdaleniense inferior»— he recogido en la Fig. 1. (19).

Seis fragmentos de punzones y azagayas de sección cuadrangular.

Dos fragmentos de puntas planas con marcas oblicuas paralelas sobre sus dorsos.

Siete punzones —o azagayas— de sección circular y base monobiselada. El de la Fig. 7d, de dimensiones extrañas (por su excesiva anchura y longitud del bisel en relación con el tamaño total de la pieza), me parece una vieja azagaya monobiselada más larga que —una vez rota parte de su extremidad distal— fuera reacondicionada por nuevo afilado de dicho extremo; posee cortas marcas («de caza») sobre su dorso. (20). En la Fig. 7m se representa una espléndida pieza rota en ambos extremos (pudo alcanzar los 120 mm. de largo; ocupando el monobisel 1/3 de su longitud total), de sección algo aplanada; sobre su cara dorsal se desarrolla un motivo complejo finamente trazado, sugiriendo pisciformes. (21). Seis punzones o azagayas de base en doble bisel. Entre ellas hay una (la de la Fig. 7j) de sección circular con características líneas «de empuje» en ambos biseles; y en ambos costados con dos series de motivos decorativos formados por secuencias de «V» que se yuxtaponen a otros trazos cortos bastante más finos perpendiculares al eje del punzón.

Cinco punzones o azagayas (tres de sección cuadrada, una triangular y una sola que la posee circular) de base aguzada. En tres de ellas (en las Figs. 7f y 7k, más otra no dibujada) se presentan pequeños trazos rectos sobre las cuatro caras de su «base» (22); marcas rectas más simples se ven en el fragmento de la Fig. 7e. La azagaya 7k posee también extraños motivos decorativos. La 7l, con sección triangular, tiene sus tres caras cubiertas por sendos trazos longitudinales: descomponibles en una zona central aproximadamente en

-
- (19) Una cabeza de Cáprido notablemente semejante a la de la fig. 8b de La Paloma se halló en el nivel 2 de la Cueva de Lacave (datado en el Solutrense medio por PH. E. L. SMITH, «*Le Solutrén en France*», Burdeos, 1966, página 202) sobre un fragmento de azagaya de sección circular (A. VIRE, «*Grotte préhistorique de Lacave (Lot) (Epoque de Solutré)*» (en fig. 6 del tomo XVI de «*L'Anthropologie*», París, 1905, página 424).
- (20) No es extraño el caso de reacondición de una azagaya o punzón largo, cuya punta o base se rompiera, volviéndole a afilar un extremo o reacondicionando su base. Tal es, seguramente, lo ocurrido a la pieza de La Paloma. Son diversas las modalidades de esta reacondición; señalo, como las más interesantes: a, su nueva utilización como compresores o como colgantes (mediante la realización de un orificio de suspensión, normalmente sobre el bisel basilar) (A. LEROI-GOURHAN, «*Les religions de la Préhistoire*», París, 1964, páginas 129 y 135); b, el reafileado de base o punta (véanse casos diversos en: J. ROCHE-J. CAMARATE-O. DA VEIGA-G. ZBYSZEWSKI, «*Le Paléolithique supérieur de la grotte de Salemas (Ponte de Lousa)*» (página 194 y fig. 5.3 del tomo XLVII de «*Comunic. dos Servic. Geologic. de Portugal*», Lisboa, 1962); R. DE SAINT-PERIER, «*La Grotte d'Isturitz. II...*», lámina IV, páginas 69-70; P. DARASSE, «*L'abri-sous-roche de Fontales près Saint-Antonin (Tarn-et-Garonne), Magdalénien supérieur*», en tomo de 1949 del «*Bulletin de la Société Méridionale de Spéléologie et de Préhistoire*», Toulouse, página 222 y lám. I, fig. 13; las piezas catalogadas n.º 93 y 117 de Santimamiñe, en el «*Museo de Arqueología de Vizcaya*», en Bilbao: A. CHEYNIER, «*Considérations sur le passage du Magdalénien à l'Azilien*» —en página 137 del tomo 63 del «*B.S.P.F.*». 1966— y «*Comment vivait l'homme des cavernes à l'age du renne*», París, 1965, página 72. las denomina «à base raccourcie»); c, por fin, en algunos casos se trata de peculiares piezas de hendidura basilar con su extremo distal —o punta— biselado o romo (así en Pekarna —K. ABSOLON-R. CZIZEK, «*Palaeolithicky vyzkum jeskyně Pekarna na Morave*», figura XIX. 9 del tomo 26-27 de «*Casopis Moravskeho Musea*», Brno, 1932— o en el Trou de Chaleux (D. DE SONNEVILLE-BORDES, «*Le Paléolithique supérieur en Belgique*», fig. 5.24 del tomo 65, n.º 5-6, de «*L'Anthropologie*», 1961).
- (21) El motivo de la fig. 7 de La Paloma se asemeja al que posee una punta gruesa del Magdaleniense VIa de la Cueva del Sofoxó (vista en el Museo Arqueológico de Oviedo).
- (22) Ante estas piezas biapuntadas no podemos tener, en muchos casos, seguridad en la definición de sus extremidades distal o proximal. Por ello, es posible que aquí nos hallemos ante ejemplares semejantes a los que J. GONZALEZ ECHEGARAY ha definido como característicos del Magdaleniense III cantábrico («*El Magdaleniense III...*» citado ,sobre todo páginas 84 a 86) donde se dan esas series de pequeños trazos precisamente junto a sus puntas.
- En el Museo Provincial de Prehistoria de Santander hay una azagaya o punta de sección circular de la Cueva del Pendo (sigla: 1L) en la que confluyen distintos aspectos individuales de piezas del «Magdaleniense superior» de La Paloma: «*marcas de caza*» en cuatro series como en la de la fig. 7f, motivo «*aflechado*» como en 79, sección, decoración de marcas de la base y tamaño y proporciones como en la 7k.

zigzag y su prolongación a uno y otro extremo por líneas rectas que llegan —respectivamente— hasta su punta y base. (23).

Una pequeña punta de sección circular (Fig. 7h) posee su base bruscamente acortada por recorte, mientras que muy próximo a su extremidad distal se produce un extraño estrangulamiento. (24).

En la Fig. 8c recojo el «silbato» divulgado por Hernández Pacheco en su Memoria de 1923 (Fig. 5e) (25), a cuyas descripción y reproducción he de hacer algunas rectificaciones. Se trata de un instrumento completo cuidadosamente laborado aprovechando una diáfisis de costilla, recortada y pulida perpendicularmente en dos extremos. Sendos agujeros la perforan arriba y abajo: mientras que el orificio superior atraviesa de parte a parte el grosor del cuerpo de la costilla, el inferior sólo traspasa un lado de su tejido sin llegar al otro (en cualquier caso, ambas perforaciones se comunican entre sí por el espacio interior de la diáfisis empleada). Posee cuatro series de las llamadas «marcas de caza», agrupadas dos a dos en sendos bordes del «silbato»: he contado respectivamente 15+14 (o 15) y 22+9 marcas de esas (26). Es posible que realmente sirviera de silbato (27).

Dos costillas con marcas. Una con trazos paralelos oblicuos al eje de la pieza. La otra posee líneas muy finas grabadas sólo por un lado (la cara inferior), en motivo de muy difícil interpretación; la pieza está rota por ambas extremidades. Sobre el dibujo que presento en la Fig. 8a pueden señalarse tres aspectos distintos: a, tres amplias muescas cuidadosamente realizadas sobre el costado izquierdo: b, un conjunto de grabados muy finos que habrán de aludir a alguna representación animal de difícil lectura (28); y c, un grupo de marcas en el extremo superior que se unen en haz al modo de una cola de pez y se superponen al conjunto anterior. Es de destacar el estilo del grabado b: en líneas muy finas, a veces repetidas, o bien yuxtaponiendo pequeños trazos cortos en series muy apretadas.

— Cuatro fragmentos de cuerno desbastados; y tres puntas en extremo de epífisis óseas o sobre simples esquirlas de hueso o cuerno.

-
- (23) Al Magdaleniense VI final de la Cueva del Valle pertenece una punta doble de sección triangular delgada (9 mm. de lado mayor) y de 88 mm. de longitud, con zig-zag longitudinal en su cara menor: muy semejante, aunque de menor tamaño, a la 71 de La Paloma.
- (24) Con reservas aproximaré este objeto 7 h de La Paloma a una llamada «navette» de Brassempouy (E. PIETTE-J. DE LA PORTERIE. «*Etudes d'Ethnographie préhistorique. IV. Fouilles à Brassempouy en 1896*», en fig. 2 del tomo 8 de «*L'Anthropologie*», 1897).
- (25) En «*Prehistoria del Solar Hispano...*» E. HERNANDEZ PACHECO incluye esta pieza entre las recogidas en el estrato superior, Aziliense; desde luego, en la Memoria de 1923 había consignado que se encontró «en la parte superior del magdaleniense» (página 36), pero ahí mismo (página 17) no deja lugar a dudas sobre su adscripción al «Magdaleniense superior».
- (26) Conjuntos de marcas que debieran ser examinados por A. MARSHACK para ver si se cumplen sus pretensiones de «*Lunar Notation on Upper Palaeolithic remains*» («*Science*», n.º 6, 1964) o de «*Documentary and analytic evidence...*» ya citada.
- (27) El tema de los «silbatos» (aprovechando tubos de huesos cilíndricos, con diversas perforaciones; o simples falanges de Cérvidos y Cápridos) ha gozado de especial interés por parte de los prehistoriadores (así G. H. LUQUET, «*The Art and Religion of Fossil Man*», Londres. 1930, página 5), pero hoy se duda seriamente de que sean realmente instrumentos musicales. Acaso haya que pensar —ante piezas semejantes a esta que exponemos de La Paloma— más bien en alguna especie de colgantes: como uno muy semejante de forma del Solutrense Superior II de Fourneau-du-Diable (PH. E. L. SMITH. «*Le Solutrén en France*», Burdeos, 1966, fig. 58.14) u otro del Magdaleniense de la Hartenstein Gudenushöhle (n.º 22.387 del «*Naturhistorisches Museum*», de Viena).
- (28) Se le pueden señalar paralelos a este modo de grabado —y hasta al mismo tema— en: una costilla del Aziliense de Atxeta (I. BARANDIARAN, «*Arte paleolítico en las provincias vascongadas*», en «*IV Symposium de Prehistoria Peninsular*», Pamplona, 1966, fig. 9 c) y sendos fragmentos-esquirlas óseas del Magdaleniense Superior-Final de Lortet, Schweizersbild y Hartenstein Gudenushöhle (respectivamente vistas en: col. Piette del «*Musée de Saint-Germain-en-Laye*», en el «*Schwizerisches Landesmuseum*», de Zurich, y en el «*Naturhistorisches Museum*», de Viena).

- En la Fig. 9 se recoge una pieza excepcional: se trata de un cilindro macizo de cuerno de Cérvido, cuidadosamente recortado en ambos extremos. Sendos estrangulamientos muy próximos a sus dos extremidades delimitan un amplio campo decorativo sobre el que se desarrolla un complejo conjunto de motivos geométricos realizados por grabado inciso muy seguro (en la Fig. 9 se indica con una flecha la hilera de motivos trabajados como por «excisión» de la masa córnea circundante). En él se suceden —en series longitudinales— los arcos, zigzags, ángulos (simples o doblados) y otros motivos cerrados (como rombos con

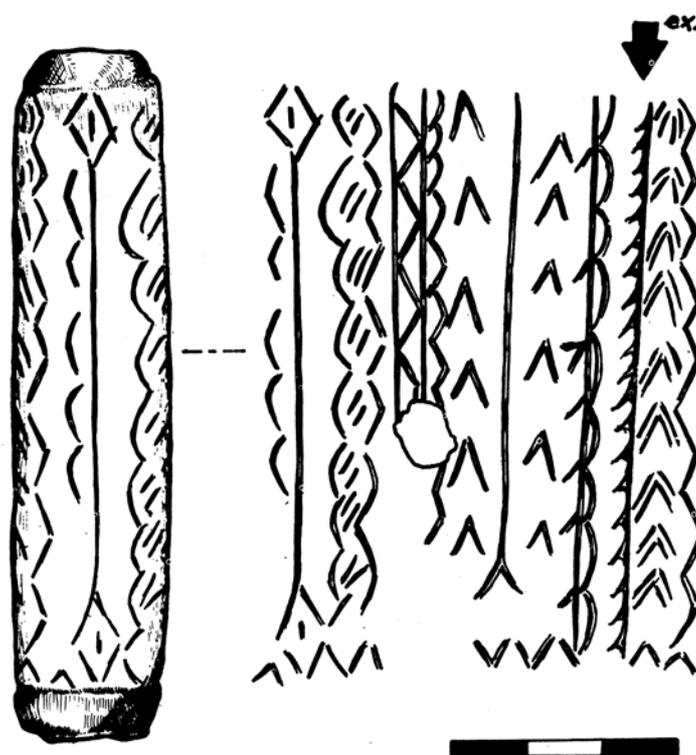


Figura 9.—«Magdalenense superior».

un punto en su centro, ovas con dos o tres trazos oblicuos en el interior). Establecerle paralelos seguros no es fácil: en conjunto tiene cierta semejanza su desarrollo decorativo con el que se da sobre una espátula del Magdalenense Superior-Final de la Cueva de la Garenne (en Saint-Marcel, Indre) (29). Descomponiéndola en sus motivos integrantes pue-

(29) Esa pieza de Saint-Marcel se conserva en la Colección del Dr. Allain del Museo de Chateauroux (A. LEROI-GOURHAN, «*Préhistoire de l'Art Occidental*», París, 1965, Fig. 211).

den encontrarseles aproximaciones formales: así los rombos con su punto interior (30), o las series de óvalos con línea de relleno. (31).

IV. «Aziliense». En su estrato ha indicado Hernández Pacheco la existencia de un numeroso instrumental lítico: abundantes laminillas y láminas de dorso rebajado y disquitos raspadores (una buena representación se conserva en el Museo de Madrid, algunos en cristal de

-
- (30) ¿Hasta qué punto es metodológicamente válido descomponer unos temas decorativos o significativos que creemos complejos en formas simples que corresponden a nuestra concepción occidental de la geometría? ¿Tales motivos complejos deben ser considerados como una entidad única o como la suma, más bien, de varios temas simples? (Véase, por ejemplo, la postura adoptada ante el problema por M. CHOLLOT en «Art géométrique et symbolisme en Préhistoire»: páginas 32 a 37 de n.º 14-16 de «Antiquités Nationales et Internationales», París, 1963). Sólo admitiendo las dificultades —y posible falsedad de método— de tal actitud analítica habré de aproximar algunos de los motivos «simples» del cilindro decorado de La Paloma a otros bien conocidos de yacimientos contemporáneos. Entre otros, el rombo con punto o trazado interior se halla en: una varilla, una azagaya de sección circular algo aplanada y un colgante incompleto del Magdaleniense III de Laugerie Basse, un trozo de punzón de la Cueva de Espalungue-Arudy, asociado a ciervos y salmones en el famoso bastón de Lortet, en varias piezas de Vidtipia, La Madeleine, Marsoulas, Isturitz (aquí en tres objetos recogidos por E. Passemar en el Solutrense Superior o Magdaleniense Medio), en un arpón del Magdaleniense final de Bricia y en sendos punzones o azagayas de niveles no bien precisados de Santimamiñe («Solutrense») y Ermitia («Magdaleniense») (DE: E. CARTAILHAC-H. BREUIL. «Les oeuvres d'art de la Collection de Vibraye au Museum National», en tomo 18 de «L'Anthropologie», 1907, fig. 140; P. GIROD-E. MASSENAT, «Les Stations de l'âge du renne dans les vallées de la Vézère et de la Corrèze. Laugerie Basse», París, 1900, lámina VI. 7 y lámina XXVII. 5 a y 5 b; H. BREUIL, «Les Oeuvres d'art magdaléniennes des fouilles Le Bel-Maury à Laugerie Basse», París, 1936, pág. 2 y fig. 1 b; E. PIETTE, «L'art pendant l'âge du renne», París, 1907, lámina XXXVI.5 b y página 74, lámina XL. 1; L. TCHIKALENKO, «Etude sur l'évolution de l'ornement géométrique à l'époque paléolithique», Praga, 1922, lámina VI. 5; L. CAPITAN-D. PEYRONY, «La Madeleine. Son gisement, son industrie, ses oeuvres d'art», París, 1928, figuras 33. 4 y 5, y 55. 1; L. MERO-C-L. MICHAUT-M. OLLE, «La Grotte de Marsoulas (Haute Garonne)», tirada aparte del «Bull. Soc. Meridion. de Spéleol. et de Préhistoire», Toulouse, 1948, página 297 y fig. 29; E. PASSEMARD, «La Caverne d'Isturitz en Pays Basque», París, 1944, figuras 35 y 51 y lámina XLIV. 1; I. BARANDIARAN, «Arte paleolítico en las provincias...», figuras 16. a y b).
- Frente a H. Breuil (E. CARTAILHAC-H. BREUIL, «Les oeuvres d'art de la Collection de Vibraye...», página 34) que veía en este tipo decorativo una posible derivación de representaciones de ojos —pensando, sobre todo, en que «es muy frecuente encontrar estos losanges por parejas.»— S. GIÉDION («The Beginnings of Art», Londres, 1962, página 199) las supone figuraciones esquemáticas vulvares: idea en que viene recientemente insistiendo A. LEROI-GOURHAN en sus publicaciones de interpretación del arte prehistórico.
- (31) En su estudio monográfico ya citado sobre el tema H. BREUIL y R. DE SAINT-PÉRIER vieron en ese motivo la máxima expresión de esquematismo de las representaciones de peces: es difícil aceptar esa interpretación para la serie longitudinal de óvalos de La Paloma. Motivos en alguna forma semejantes pueden verse en sendas piezas de: el Magdaleniense III de Altamira, Magdaleniense avanzado de Laugerie Basse, Villepin (Magd. VI), La Madeleine (VI), Schweizersbild (V-VI), Fontarnaud (V), Gourdan (VI) o Rochereil (VI) (En: D. DE SONNEVILLE-BORDES, «Le Paléolithique supérieur en Périgord», Burdeos, 1960, páginas 364 y figuras 194.1, 194.2; A. CHEYNIER, «Comment vivait l'homme des cavernes...», fig. 22.4; Colecciones de Museos de Santander y Zürich: H. BREUIL-R. DE SAINT-PÉRIER, «Les poissons, les batraciens...», figuras 32.12, 38.6, 39.1, 39.2, 39.6, 45.6, 56.5; P. E. JUDE, «La Grotte de Rochereil. Station magdalénienne et aziliennes, París, 1960, fig. 10). Respecto a los otros modos decorativos más simples en que pudiera descomponerse este cilindro de La Paloma (zig-zags longitudinales, formas angulares, formas en arco, festones, etc.) me remito a los ejemplos colacionados por I. BARANDIARAN en «El Paleolítico del Pirineo Occidental», Zaragoza, 1967, páginas 364 a 373.
- Como conjunto decorativo y de estructura formal sólo hallo cierta semejanza a esa pieza de la Paloma —salvadas todas las divergencias aducibles— con la extremidad distal (estrangulada) de un bastón perforado del Magdaleniense Medio (nivel C) de Cueto de la Mina (CONDE DE LA VEGA DEL SELLA, «Paleolítico de Cueto de la Mina (Asturias)», Madrid, 1916, lámina XXXIV.9) o con los gruesos cilindros (acaso fragmentos de espesas azagayas) del Magdaleniense IV y V de Mas d'Azil (M. CHOLLOT, «Musée des Antiquités Nationales. Collection Piette», París, 1964, en páginas 392-393: n.º 47.023, 47.201, 48.737, 47.735) o con algunas piezas cilíndricas recargadamente decoradas en las estaciones del Centro de Rusia de Kostenki I. Avdevo y Mezine (Vid. láminas XVIII.14, XXXA y XXXII.5 de «Palaeolithic Art in the U.R.S.S.», por Z. A. ABRAMOVA, en tomo IV, n.º 2 de «Arctic Anthropology», Madison Wisconsin, 1967).

roca; y de puntas y discos de cuarcita, buriles, etc.). Indicando, en instrumental óseo, caninos de ciervo perforados, puntas de azagaya y varillas gruesas de cuerno... y diversos restos humanos,

En los fondos de ese Museo he revisado:

- Un arpón de sección aplanada con una sola hilera de tres dientes (el superior ha desaparecido casi por completo), y con perforación circular en la base. (Fig. 10).



Figura 10.—(Según Hernández Pacheco, 1923.) «Aziliense».

- En la Fig. 11a recojo el fragmento distal de un objeto labrado en cuerno, de sección lenticular o gruesa aplanada. Posee en ambas caras amplias el mismo conjunto de motivos: aspa alargada, triple línea perpendicular al eje y pectiniforme o «cometa». Lamentablemente se halla roto por ahí. Posee un diente bien destacado, en un lado. Tipológicamente no veo clara su clasificación: se halla algo más cerca de la categoría de los arpones azilienses (repugnan a esta determinación el excesivo grosor de su sección y la presencia de decoraciones) que del propulsor (para quien no convienen la sección aplanada —suelen tenerla más cilíndrica— ni la situación algo desplazada de su tope en el extremo distal de la pieza). (32).
- Nueve punzones o azagayas, incompletos, de sección circular. De ellos, tres son simples fragmentos de un grosor en torno a los 10 mm.; otro posee algunas marcas rectas; otro más —de sección algo aplanada— ofrece una apretada serie de líneas oblicuas sobre una de sus

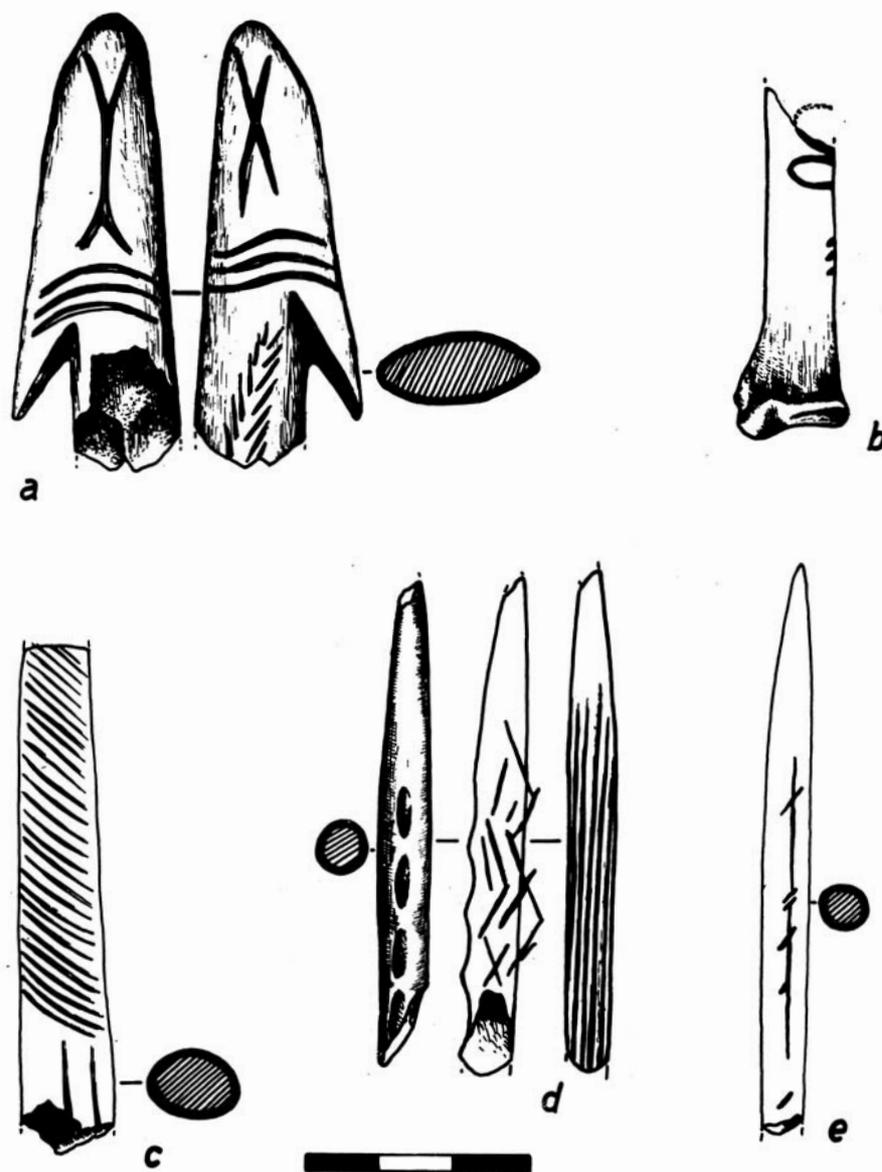


Figura 11.—«Aziliense».

caras amplias y el inicio de un par de trazos longitudinales (Fig. 11c); dos azagayas más, bastante gruesas (pasan de los 12 mm. de diámetro), tenían su base-apuntada (una posee algunas líneas perpendiculares). El fragmento de fino punzón de la Fig. 11e tiene grabado un trazo longitudinal cruzado por diversos cortos oblicuos: según es frecuente en estratos del Magdaleniense Superior y Final de la Costa Cantábrica (así sucede, por ejemplo, en materiales de las Cuevas del Cueto de la Mina, El Pendo, Valle, Lumentxa o Santimamiñe). Y, por fin, otro fragmento de punzón (Fig. 11d) de extraña categoría: en la parte conservada, hasta cuatro fuertes incisiones le destacan tres «dientes» o protuberancias, desarrollándose a su lado varias series de trazos de zigzag longitudinales; la otra mitad de la superficie cilíndrica de la pieza queda cubierta por una apretada agrupación de líneas paralelas que siguen su eje. (33).

- Tres fragmentos de puntas burdas laboradas sobre gruesas esquirlas de cuerno.
- Un fragmento de punzón muy fino de sección circular; acaso sea de aguja descabezada.
- Un fragmento de epífisis ósea (Fig. 11 b) con grabado muy claro y profundo en forma de ovas adosadas al costado: hay una completa y el inicio de otra, por donde precisamente se rompió el hueso (34).
- Una veintena de colgantes por perforación (son dieciocho caninos atrofiados de Cervus; y un par de *Nassa reticulata*).

V.—«Escombros modernos con restos de las épocas neolíticas y de los metales».

Realmente en este tramo de unos 0,30 m. de espesor debían encontrarse mezclados materiales de los estadios más recientes de ocupación de la caverna con otros sacados de los

- (32) Sugiero la similitud de sus aspás grabadas con las que se dan sobre las tres caras del fragmento de punzón de sección triangular del «Magdaleniense medio» de esta misma Cueva (Fig. 3 c). En realidad el motivo puede ejemplarizarse ampliamente en todo el Paleolítico superior, si bien, su máxima densidad de representación se concentra en los estadios III a VI del Magdaleniense: así, ciñéndome a las estaciones próximas cantábricas, lo he visto en piezas de Sofoxó. El Juyo, Santimamiñe y Urriaga (en los Museos Provinciales correspondientes). El motivo aflecado de su parte inferior se parece al de una punta aplanada de estrato revuelto de Cova-Rosa (Asturias).
En cuanto al tipo instrumental, su mayor proximidad a los considerados propulsores se daría con la pieza n.º 49.164 del Magdaleniense IV de Gourdan (en el Museo de Saint-Germain-en-Laye).
En el Magdaleniense de Le Placard hay un instrumento de semejantes dimensiones, sección y proporciones generales que el de La Paloma que comentamos (G. CHAUVET, «*Os, ivoires et bois de renne ouvrés de La Charente*», Angulema, 1910, fig. 71).
- (33) Esos surcos o líneas longitudinales (pero cubriendo la totalidad de la superficie) se hallan bien representados sobre punzones de base aguzada —o biapuntados— de sección circular y tamaño mediano (en torno a los 12 cm. de longitud) del Magdaleniense V-VI de Santander: así el conjunto de diecisiete ejemplares hallados reunidos en un pequeño recinto formado por cuatro piedras planas, en el nivel correspondiente de la Cueva del Castillo; u otro punzón más de la Cueva del Valle.
En cuanto a los posibles «dientes» del tipo de La Paloma no los puedo colocar junto a los «tubérculos» (mucho más pequeños y más claramente destacados, de contorno triangular, romboide o cuadrado-rectangular) que he definido («*El Paleomesolítico del Pirineo...*», pág. 359-360, 291-297) sobre punzones-azagayas y varillas, sobre todo en torno al Magdaleniense IV del Pirineo francés.
Prefiero decidirme, más bien, por las series de muescas anchas (que, desde luego, por excisión pueden producir a modo de dientes iniciales): desde lejanos casos de Isturitz en el Auriñaciense superior o Gravetiense (R. DE SAINT-PÉRIER, «*Prototypes de harpons ou bases de sagaies?*», páginas 68 a 73 del tomo 53 de «*L'Anthropologie*», 1949) a los del Magdaleniense III de Croze, de Balcarova, o del Magdaleniense VI de La Chora (respectivamente: R. DESBROSSE, «*Les sagaies magdaléniennes de la Croze (Ain)*», fig. 2.9 de n.º 15-16 de «*Revue Archéologique du Centre*», Vichy, 1965; H. BREUIL, «*Notes de voyage paléolithique en Europe centrale. III. Les cavernes de Moravie*», página 280 y fig. 6 de «*L'Anthropologie*», 1925; J. GONZALEZ ECHEGARAY-M. A. GARCIA GUINEA-A. BÉGINES, «*Cueva de la Chora (Santander)*», Madrid, 1963, fig. XIX.9).
- (34) No ovas tan cerradas como éstas sino pequeños arcos o pestañas abiertas suelen adosarse a los bordes de piezas planas: así sobre un trozo de costilla del Magdaleniense del Pendo.

más profundos por los buscadores de tesoros que la frecuentaron.

Así he podido ver en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid: trozos cerámicos de pastas de grosor mediano con ligero bruñido o espatulado (dos de esos fragmentos poseen decoración en simples incisiones), varias puntas de cuarcita, un par de valvas de fundición (en arenisca), y:

— Un pequeño rodete o disquito perforado, al parecer de arenisca (Fig. 4 9).

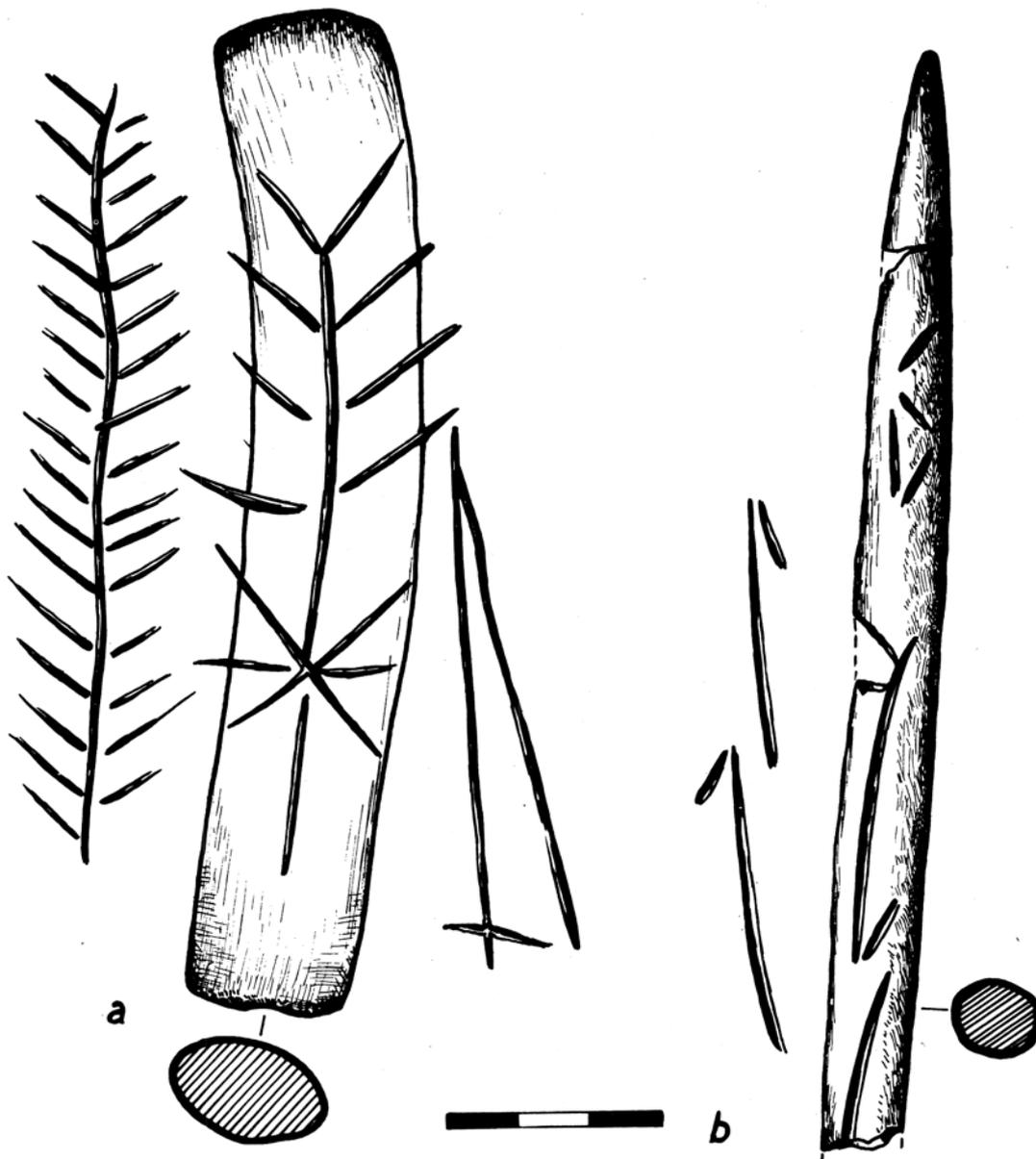


Figura 12.—«Estrato revuelto».

— Un grueso cilindro recortado en cuerno de Cérvido (Fig. 12 a). Presenta, en grabado muy profundo, interesantes motivos esquemáticos: un largo trazo flanqueado por otros oblicuos

- (como arboriforme), y otro semejante pero rematado en un signo estrellado (35).
- Dos fragmentos de azagayas de sección circular. Una de ellas (en la Fig. 12 b) posee fuertemente grabados motivos formados por un trazo longitudinal con uno pequeño oblicuo en su extremo (36).
 - Tres fragmentos de varillas planas, de cuerno (37).

OBSERVACIONES DE CONJUNTO

En un momento de la Ciencia Prehistórica en que tanto se insiste en el planteamiento y observación de los conjuntos instrumentales —como criterio de investigación más expresivo que el de prestar atención a sólo algunos contados «fósiles directores» en su individualidad— sería la consideración estadística la vía más adecuada para resolver la problemática de la secuencia cultural de La Paloma. Si no fuera por una serie de muy graves inconvenientes que debo reconocer:

1. Si tenemos en cuenta las serias prevenciones de Obermaier, la posibilidad de una incorrecta apreciación estratigráfica que pudo subdividir y separar materiales pertenecientes a un único contexto cultural o —en otro extremo— hasta reunir los que correspondían a diferentes estadios.
2. La inseguridad de las siglas (cuando las hay) y agrupaciones actuales de esos materiales.
3. La posibilidad de hallarnos ante conjuntos instrumentales incompletos: por pérdida o dispersión en varias colecciones (no he podido dar con alguna de las piezas reproducidas en 1923) e incluso por una selección intencionada por parte de sus excavadores.

Con lo que se invalida cualquier apreciación de conjunto y de estadística comparada.

Con tales premisas de imprecisión ofrezco ahora el Cuadro de distribución de los materiales óseos que he podido catalogar, aceptando en principio la organización en estratos que les atribuyera Hernández Pacheco (38).

-
- (35) En la tipología de los signos artísticos de A. LEROI-GOURHAN encajarían los de la pieza 12 a de La Paloma en la categoría de «signos masculinos dentados (barbelés)», del tipo B Derivado (Vid. fig. 781 de «*Préhistoire de l'Art Occidental*», y fig. 7 de «*Les religions de la Préhistoire*»).
- (36) Ese motivo sobre un fragmento de azagaya de Altamira (Excav. Alcalde del Río) y sobre otra del Magdaleniense superior —estrato B— de Cueto de la Mina (E. CARTAILHAC-H. BREUIL, «*La Caverne d'Altamira...*», fig. 197.7; C. DE LA VEGA DEL SELLA, «*Cueto de la Mina...*», lámina XL.1).
- (37) Al efectuar —en septiembre de 1968— una segunda revisión de materiales de La Paloma no pude dar con el paradero de siete piezas que había estudiado dos años antes: se trata de la azagaya y los cuatro arpones que reproduce Hernández Pacheco en su memoria de 1923 (figuras 2 a, 5 a, 5 b, 5 c, 5 d), del cilindro decorado (fig. 9) y de la mitad inferior del punzón de base monobiselada de 7 m.
- (38) Sigo para su clasificación mi ensayo de lista tipológica de 1967 («*El Paleomesolítico del Pirineo Occidental...*», lámina 33). Supone una mayor precisión que la que empleé en «*Notas sobre el Magdaleniense Final en la Costa Cantábrica*», en «*Caesaraugusta*», n.º 25-26, páginas 48-49, Zaragoza, 1965.

Tipología de materiales óseos de la Cueva de La Paloma. Fondos del Museo Nacional de Ciencias Naturales, de Madrid.

T i p o s		<i>M. inf</i>	<i>M. med.</i>	<i>M. sup.</i>	<i>Azil.</i>	<i>Total</i>
3	Punta corta de sec. circular y base acortada	0	0	1	0	1
4.1.	Punta de base monobisel. y sec. circular	1	4	9	0	14
4.4.	Punta de base monobisel. + 1/3, sec. circular	0	0	1	0	1
4.5 + 4.8.	Punta carenada de base monobisel. + 1/3, sec. triangular	0	2	0	0	2
5.1.	Punta de base en doble bisel, sec. circular	3	0	1	0	4
5.2.	Punta de base en doble bisel, sec. cuadrada	0	0	5	0	5
6.2.	Pieza intermediaria de punta de base ahorquillada	0	1	0	0	1
7.	Punta de base ahorquillada	0	1	1	0	2
9.1.	Punta doble. de sección circular	0	0	2	2	4
9.2.	Punta doble. de sección triangular	0	7	1	0	8
9.3.	Punta doble, de sección cuadrada	0	0	3	0	3
9.4.	Punta doble. sec. circular, acanaladura longitudinal	0	0	2	0	2
12.1.	Punta fina y larga, doble	1	0	0	0	1
13.1.	Punta larga de sección circular	0	0	0	2	2
16	Punta de base abultada	0	0	1	0	1
21.	Esquirla apuntada	0	0	7	3	10
25.1.	Punta gruesa plana, monobiselada	0	1	0	0	1
43.1.	Arpón cilíndrico, 1 hilera dientes, base lisa	0	0	1	0	1
44.3.	Arpón cilíndr., 2 hil. dientes. doble abult. basilar	0	0	2	0	2
45.1.	Arpón cilíndr., perforación basilar lateral	0	0	1	0	1
47.1.	Arpón aplanado, 1 hil. dientes, base perf. circular	0	0	0	1	1
52	Bastón con una perforación	0	1	0	0	1
55.1.	Aguja de cabeza apuntada	0	2	0	0	2
56	Plaqueta fusiforme (bramadera)	0	1	0	0	1
65	Diente perforado	1	14	0	18	33
66	Concha perforada	3	0	0	2	5
73.1.	«Silbato» de una sola perforación	0	0	1	0	1
80.1.	Fragmento con motivos decorativos	1	0	2	1	4
80.2.	Fragmentos con motivos figurados	1	1	1	0	3
82	Varios	0	1	6	0	7
F r a g m e n t o s						
	Punta de sección circular	4	6	11	0	21
	Punta de sección circular, con tubérculos	0	0	0	1	1
	Punta de sección triangular	0	3	0	0	3
	Punta de sección cuadrada	0	0	6	0	6
	Punta fina	0	0	0	1	1
	Punta larga, de sección circular	0	1	2	4	7
	Punta larga, de sección cuadrada	0	2	0	0	2
	Punta aplanada	0	2	2	0	4
	Varilla de sección rectangular	0	1	0	0	1
	Arpón cilíndrico, de 1 hilera de dientes	0	0	4	0	4
	Arpón aplanado	0	0	0	1	1
	Aguja	0	1	0	0	1
TOTALES ABSOLUTOS		15	52	73	36	176

Reuniendo esos tipos individuales en las categorías comprensivas, o Grupos Tipológicos, generales su distribución es la siguiente:

Totales por grupos tipológicos	Mag. inf.	Mag. med.	Mag. sup.	Azil.	Total
I. Puntas o azagayas	8	24	43	3	78
II. Alfileres	0	0	0	1	1
III. «Anzuelos»	1	0	0	0	1
IV. Puntas largas	0	3	2	6	11
V. Puntas de mango	0	0	1	0	1
VI. Piezas apuntadas	0	0	7	3	10
VII. Puntas planas	0	3	2	0	5
VIII. Varillas	0	1	0	0	1
XVII. Arpones	0	0	8	2	10
XX. Bastones	0	1	0	0	1
XXI. Agujas	0	3	0	0	3
XXII. Bramaderas	0	1	0	0	1
XXVI. Colgantes	4	14	0	20	38
XXVII. «Silbato»	0	0	1	0	1
XXX. «Obras de arte»	2	1	3	1	7
Varios	0	1	6	0	7
TOTALES	15	52	73	36	176

Una confrontación crítica debe establecerse entre estos Cuadros de distribución, tan inseguros, y las síntesis bien conocidas sobre la evolución y dispersión cultural de los ajueres óseos del Magdaleniense (39).

Acogiendo todas las prevenciones expuestas contra el ordenamiento de los materiales sugerido por Hernández Pacheco, indicaré algunos rasgos dignos de ser tenidos en consideración, partiendo de los Cuadros elaborados (40):

- 1.—Extraña la extremada escasez de varillas y de esquirlas óseas aguzadas; y la ausencia de colgantes (dientes y conchas perforados) en el «Magdaleniense superior».
- 2.—Parece bastante normal en ese «Magdaleniense superior» la proporción entre los punzones de base en bisel simple (10 ejemplares) y los de doble bisel basilar (son 6): en el yaci-

(39) De entre los estudios más decisivos por la presentación de los caracteres propios y de evolución de los tipos óseos del Magdaleniense destacan los de: H. BREUIL, «*Le Magdalénien*» (tirada aparte del tomo LI del B.S.P.F., noviembre de 1954; condensando y actualizando las ideas de su fundamental «*Les Subdivisions du Paléolithique Supérieur et leur signification*», ediciones de 1912 y 1937); H. BREUIL-R. LANTIER, «*Les Hommes de la Pierre Ancienne*» (París, 1959, páginas 185 a 189); H. OBERMAIER, «*El Hombre Fósil*» (2.ª edición, Madrid, 1925, página 232) estableciendo las peculiaridades del Magdaleniense Cantábrico; F. JORDA, «*Avance al estudio de la Cueva de la Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias)*» (Oviedo, 1958, especialmente sus páginas 79 a 93) refiriéndose en concreto a la evolución Magdaleniense en el Cantábrico; L. PERICOT, «*La Cueva del Parpalló (Gandia)*» (Madrid, 1942, en páginas 301 a 308); M. ALMAGRO, «*Manual de Historia Universal. I. Prehistoria*» (Madrid, 1960, páginas 144 a 153). e I. BARANDIARAN, «*El Paleomesolítico...*» (páginas 251 a 260; lo mismo en «*Sobre tipología y tecnología del instrumental óseo paleolítico*», en páginas 46 a 57 de «*Caesaraugusta*», 29-30, Zaragoza, 1967) y «*Las industrias óseas del Hombre de Cro-Magnon. Génesis y dinámica*» (en prensa en «*Revista de Estudios Atlánticos*», Madrid, en Actas del Simposio Internacional Hombre de Cro-Magnon). La lista debe ampliarse con la cita de la espléndida secuencia evolutiva del Magdaleniense IV al VI que reveló La Madeleine (L. CAPITAN-D. PEYRONY, «*La Madeleine...*», París, 1928, sobre todo páginas 32 a 62, 65 a 78 y 86 a 100) y con el ejemplar estudio sobre el Magdaleniense III cantábrico de J. GONZALEZ ECHEGARAY («*El Magdaleniense III...*», páginas 84 a 90 especialmente).

(40) Las únicas «estadísticas» que podemos manejar para esta comparación proceden de mi «*El Paleomesolítico...*» (láminas 28 y 29, y páginas 404 a 411).

miento de Urtiaga, nivel Magdaleniense VI, totalizaban esas categorías respectivamente 21 y 13 piezas.

- 3.—Llama la atención lo extraño de las proporciones porcentuales, en los Magdalenienses «inferior» y «superior», de los distintos tipos de secciones de punzones o azagayas. Si en plan comparativo parangonamos los de sección circular, los de triangular y quienes la posean cuadrada + poligonal en esos estratos de La Paloma con los valores medios de los mismos períodos del Magdaleniense de Vizcaya+ Guipúzcoa+ Navarra, en sus porcentajes relativos descubrimos muy notable discordancias. Así:

En punzones y azagayas

	«Magdal. inferior»		«Magdal. superior.	
	V+G+N	La Paloma	V+G+N	La Paloma
% de sección circular	66	100	78	66,6
% de sección triangular	17	0	7	2,3
% de sección cuadrada + poligonal	17	0	15	31

En lo que resulta totalmente anormal esa totalidad de piezas de sección circular en el Magdaleniense III de La Paloma (no habiéndose recogido ni una sola que la tenga triangular o cuadrada).

- 4.—Más aún asombra en esta cueva asturiana, que la casi totalidad (menos un caso) de punzones y azagayas de sección triangular vengan concentradas por Hernández Pacheco en el estrato supuesto «Magdaleniense medio».
- 5.—Si mantenemos «a priori» y como hipótesis de trabajo la validez de unos esquemas evolutivos de las manifestaciones artísticas paleolíticas y —más en concreto— la presencia de unas formas muy peculiares por su estilización en el Magdaleniense Superior-Final (41) debe admitirse también que corresponden estrictamente al mismo grupo o «escuela» estilística las cabezas animales reproducidas en las figuras 1 y 8 b: y, sin embargo, fueron catalogadas por su descubridor como pertenecientes la una al estrato Magdaleniense «inferior» y al «superior» la otra.

Los aspectos reseñados —sin pretender constituir sino salteados índices de referencia— muestran claramente anomalías que no pueden salvarse si no es admitiendo la remoción de los estratos o de las colecciones, o bien la confusión en la interpretación cultural de la secuencia stratigráfica. Por lo que no nos sirve el ordenamiento de los materiales ofrecido por Hernández Pacheco en los citados subperíodos del Magdaleniense, invalidándose todo intento de estudio estadístico de dichos conjuntos. Por ello sólo nos quedará el último recurso al tradicional sistema de consideración de los materiales individualmente y, de entre ellos, en especial de cuantos han sido reconocidos con valor de fósiles directores.

Al exponer estas piezas de La Paloma ya aludí frecuentemente a paralelismos y a determinaciones cronológicas. Condensaré aquellas apreciaciones.

a) Al Magdaleniense III pueden atribuirse las azagayas-punzones (o sus fragmentos) dotados de pequeñas líneas en sus bases o en sus puntas: como los ejemplares de las figuras 4d, 7f y 7k.

b) Encajarían bien en lo que en yacimientos ultrapirenaicos corresponde al Magdaleniense IV la bramadera de la Fig. 3 d y la pieza de la 11 a si tuviéramos la seguridad de que ésta era un propulsor. Tampoco desentonarían demasiado de este mismo período cultural las

(41) Tema en el que ha insistido especialmente H. KÜHN (*«Le style du Magdalénien final»*: páginas 289 a 294 de «Actas de la IV Sesión de los Congresos internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protostóricas», Zaragoza. 1956).

puntas dobles de sección triangular (figuras 3 b, 3 c y 7 l): pero no puedo rechazar la posibilidad de su adscripción al Magdaleniense III, y admito ejemplares del tipo hasta en el VI.

c) De más difícil precisión resulta el cilindro decorado (Fig. 9), al que no conozco paralelo próximo. No desentonaría en los Magdalenienses IV, V o VI.

d) Respecto a los punzones o azagayas de base ahorquillada o bífida (del «Magdaleniense medio» y «Magdaleniense superior» según Hernández Pacheco; en las figuras 2 a y 5 g) pienso que todos pueden adscribirse sin dificultad al Magdaleniense Medio o IV, aunque no se ha de rechazar tampoco su atribución al V y hasta al VI: servirían de adecuado paradigma los nutridos conjuntos colectados en Isturitz por R. de Saint-Périer, dos centenares largos, distribuidos en los tres estadios citados del Magdaleniense si bien su mayor densidad corresponde al IV (42).

e) Más inseguridad encierra la datación del grupo de pequeñas piezas perforadas como colgantes: dientes (caninos atrofiados de Cervus; un solo incisivo de Herbívoro pequeño) y conchas (Turritella, Littorina obtusata, Nassa reticulata). Son elementos de adorno personal con un amplísimo campo de vigencia en el Paleolítico Superior hasta el Neolítico avanzado y Eneolítico y en muchos grupos primitivos actuales (43).

De todos modos, la presencia de marquitas decorando los bordes de sus raíces o sus coronas (así los ejemplos de La Paloma de las Figuras 4 e y 4 f) suele ser más propia de los Magdalenienses III a V; y en el Pirineo francés sobre todo del IV (44).

f) No repugna la suposición de que todos los arpones de sección circular de La Paloma (figuras 7a, 7 b, 7c, sa, 5 b, 5c y 5d) pertenezcan a un solo y único estadio del Magdaleniense; y pienso que corresponden mejor a los conjuntos del VI que del V (45). Avalan esta datación avanzada: las secciones con tendencia al aplanamiento, los dientes muy afilados y angulosos, el doble abultamiento basilar y —sobre todo— el ejemplar de «tipo cantábrico» con base perforada (Fig. 5a).

g) Por su estilo artístico los grabados de las figuras 1, 8 a y 8 b no desentonan del Magdaleniense VI o final: pero creo que se pueden mantener razonables opiniones distintas en este terreno.

h) La representación de pisciformes como los de la azagaya de la Fig. 7i se ha producido, ciertamente, del Magdaleniense III al VI. Pero es en el V y más frecuentemente en el VI cuando motivos semejantes a éste proliferan (46).

-
- (42) Véanse las páginas 44 a 46 de «*La Grotte d'Isturitz II...*», por R. DE SAINT-PÉRIER, señalando buen número de paralelismos. Son asimismo útiles las precisiones de su predecesor en la excavación de la rica cueva de Bases Pyrénéas, E. PASSEMARD, en «*Sur les pointes de sagaies fourchues*» (tirada aparte del B.S.P.F.. de 1917).
- (43) En la colección del «Musée d'Anthropologie Préhistorique», de Mónaco, se conservan, de la Grotte des Enfants de Grimaldi (Hogares H e I), un par de esos caninos de Cervus perforados del Auriñaciense Antiguo; hay de la misma época conchas perforadas en Isturitz (R. y S. de SAINT-PÉRIER, «*La Grotte d'Isturitz. III...*», página 216). En tanto que se exponen en el Museo del Servicio de Investigaciones Prehistóricas, de Valencia, objetos perforados del mismo estilo: del Neolítico de la Cova de l'Or y del Eneolítico del Barranc del Castellet y de la Cova de la Pastora. Ejemplos que se pudieran multiplicar. En lo tocante a la perduración del tipo en épocas actuales, entre grupos primitivos, pueden verse las ricas colecciones africanas y de las islas australianas en los Musée de l'Homme, de París, o el Museum für Völkerkunde, de Viena.
- (44) Así los ejemplares de la Collection Piette (en Saint-Germain-en-Laye) recogidos en Gourdan, Espalungue-Arudy o Mas d'Azil; o los de las Colecciones de la Condesa Viuda de Saint-Périer (en Morigny) y del Museum d'Histoire Naturelle (en Bayonne), procedentes de Isturitz.
- (45) En plan comparativo pueden examinarse los conjuntos del Magdaleniense Final de Aitzbitarte IV y de Urtiaga: en el Museo Municipal de San Telmo, en San Sebastián, y del Cueto de la Mina.
- (46) El paso del realismo a la esquematización en las representaciones de peces del arte paleolítico se produce ya avanzado el Magdaleniense V, hallándose en el VI la estilización plenamente realizada (H. BREUIL-R. DE SAINT-PÉRIER. «*Les Poissons, les Batraciens...*», página 83; y especialmente todo el Capítulo V de esa monografía).

i) En la liquidación del Paleolítico Superior (Magdaleniense VI) y durante la iniciación del Aziliense se suele dar un notorio aumento en la proporción porcentual de las azagayas largas y robustas bien labradas, de sección circular: así el característico conjunto recogido en Berroberría por J. Maluquer de Motes en el Magdaleniense Final, o los del Aziliense de estaciones vascas (47). Acaso el ejemplar de La Paloma hallado en zona revuelta (Fig. 12 b) deba incluirse en estos estadios del Magdaleniense Final - Aziliense.

j) En cuanto al Aziliense de La Paloma me parece posible afinar su determinación a partir del arpon de la Fig. 10. El tipo exacto que ahora nos ocupa (de sección aplanada, con una sola hilera de dientes y con perforación circular rodeada por un «ojal» también circular) es muy poco frecuente: que yo sepa sólo se han catalogado en España un ejemplar de la Cueva de Rascaño y este de La Paloma, y en Francia dos del Mas d'Azil, uno de La Vache y otro del Abri Chinchon (48). Parece que en la dinámica evolutiva del tipo preceden —en cuanto al modo de perforación de las bases— los que tienen esa perforación y ojal o reborde circulares a aquellos otros cuyo ojal es ya ovalado y, naturalmente, a los que más adelante tendrán tanto su perforación como su ojal alargados u ovals. Por otra parte, se piensa que entre aquellos arpones de sección aplanada con base de perforación circular son más antiguos los que la tienen desplazada del eje central de la pieza: viéndose en éstos el eslabón evolutivo natural entre los arpones «cantábricos» del Magdaleniense Final (de base con perforación ladeada) y los ya azilienses al estilo del de La Paloma que aquí nos ocupa (49).

En resumen: que el Aziliense expresado en este arpon corresponde a los estadios iniciales del período, inmediatamente superada la transición paleo-mesolítica del «Protoaziliense».

De la revisión de este conjunto de materiales óseos del Paleolítico de la Cueva de La Paloma creo que pueden desprenderse dos conclusiones:

1. Que deba dejarse en suspenso la atribución cultural propuesta por E. Hernández Pacheco: al menos en cuanto a ordenación por periodos o etapas de los materiales colectados. Pero sería injusto, y científicamente ligero, rechazar sin más la validez de sus apreciaciones meramente estratigráficas. A no ser que, aceptando las observaciones de Obermaier, considerando la remoción total del contenido estratigráfico de La Paloma pensemos que la secuencia propuesta por Hernández Pacheco sea (y son palabras textuales de aquel sabio alemán) «una restauración teórica» de este geólogo. En cuyo caso sólo restaría el recurso a un siempre peligroso método tipológico.

(47) I. BARANDIARAN. «El Paleomesolítico...», páginas 119 y 411.

(48) Citados por M. W. THOMPSON en «Azilian Harpoons» (Fig. 3 del Vol. XX. 2.^a parte de «Proceedings of the Prehistoric Society for 1954», Londres, 1955) y por J. COMBIER en «Le Paléolithique de l'Ardèche dans son cadre paléoclimatique» (Burdeos, 1967, figura 173). Ya con doble hilera de dientes (y las mismas perforaciones y ojales circulares) son algo más frecuentes: así los cinco del Mas d'Azil, cuatro de La Vache, dos de Laugerie Basse, dos de La Tourasse y diversos de Lortet, Salies du Salat, Montfort... (M. W. THOMPSON, «Azilian Harpoons» cit.: H. BREUIL, «Harpons aziliens ou peu connus trouvés en France», en páginas 572 a 577 de Congreso de Liège, tirada aparte, de la Asociación Francesa para el Progreso de las Ciencias, 1924: figuras 1.1, 2.3 y 3.2; P. E. JUDE, «La Grotte de Rochereil. Station magdalénienne et azilienne», Paris, 1960, figura 27. 1-3).

(49) Acaso otra etapa anterior a ese Protoaziliense de los arpones de sección aplanada y perforación circular en un costado se halla certificada en el ejemplar —único que conozco— del Magdaleniense Final de Urriaga de sección circular aplanada, con agujero central circular pero con su borde ya en ojal alargado (I. BARANDIARAN, «Notas sobre el Magdaleniense Final...», página 51 y figura 5.17). He tomado alguna de las ideas expuestas sobre la evolución del arpon aziliense de las excelentes monografías de M. W. THOMPSON, «Azilian Harpoons» ya citada, de G. MALVESIN FABRE-L. R. NOUGIER-R. ROBERT, «Le protoazilien de la grotte de La Vache (Ariège) et la genèse du harpon azilien» (en «Préhistoire. Spéléologie Ariégeoises», tomo V, Tarascon, 1951, pág. 47) y de G. GALY-L. R. NOUGIER-R. ROBERT, «La transition paléolithique-mésolithique et les problèmes du harpon azilien» (en tomo XVI-XVII de esa misma Revista, Tarascon, 1962, página 53).

2. Que deba reconocerse la existencia de elementos de la cultura material prehistórica, de distintas épocas. En concreto del Magdaleniense y del Aziliense que pudieran precisarse así:
- un Magdaleniense III muy posible, acaso de difícil separación tipológica del inmediato Magdaleniense Medio: Hernández Pacheco los distinguía estratigráficamente por coloración, composición y estructura de esos niveles.
 - un Magdaleniense IV bastante probable.
 - un Magdaleniense Superior-Final, mejor VI que V. Aparte de los criterios tipológicos ya expuestos que me inclinan a esta data avanzada, si aceptamos las observaciones estratigráficas de Hernández Pacheco vemos un nivel estéril intermediando entre el «Magdaleniense medio» y el «Magdaleniense superior»: en quien se certificaría un hiato de ocupación —y, por ello, acaso también en la secuencia cultural— de La Paloma.
 - un Aziliense inicial que continuara inmediatamente a ese Magdaleniense VI.
 - Postpaleolítico.

Es decir, que articularíamos el contenido prehistórico de La Paloma en dos conjuntos: Lo Magdaleniense Inferior (III+ IV) y lo Magdaleniense Final (Magdaleniense VI + Aziliense inicial).

RESUMEN

Se revisan los materiales hallados en la Cueva de La Paloma (Asturias) por E. Hernández Pacheco en 1914-1915. La cueva contenía, en opinión del geólogo excavador, una secuencia cultural del Magdaleniense III, IV, V, VI y Aziliense. Sin embargo, sólo se ha publicado hasta ahora un cortoinforme, y la mayor parte de sus utensilios líticos y óseos y los restos paleontológicos y antropológicos permanecen inéditos. Obermaier, en 1925, opinaba que la estratigrafía e interpretación de Hernández Pacheco eran una reconstrucción artificial y teórica, pues los estratos se hallaban revueltos.

En este estudio se presentan todos los objetos trabajados en hueso y en cuerno de la cueva de La Paloma: conservados en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. Es un conjunto muy importante de la tecnología y del arte mueble del Paleolítico Superior.

El autor critica las opiniones dadas sobre La Paloma, presenta esos materiales en su totalidad, establece paralelos y propone una cronología de los momentos de ocupación de la cueva. A su parecer en La Paloma hay tres grandes momentos, o complejos, de ocupación:

- el «Magdaleniense Inferior Cantábrico»: representado por utensilios que se clasifican en los Magdaleniense III y IV de la clasificación de Breuil.
- el «Magdaleniense Final» cantábrico: con evidencias del Magdaleniense VI y del Aziliense Inferior.
- lo postpaleolítico: Neolítico y Edades de los Metales.

SUMMARY

The materials found at the cueva de la Paloma (Asturias) by E. Hernandez Pacheco in 1914-1915 are revised. The cave contained, in opinion of the geologist excavator, a cultural sequence of the Magdalenian III, IV, V, VI and Azilian. Yet it has been only published a short account so far and most of its lithic and osseous tools as well as the paleontologic and anthropologic remains are still unpublished. Obermaier's viewpoint in 1925 was that the stratigraphy and interpretation by Hernandez Pacheco was an artificial and theoretical reconstruction, given that the strata were mixed up.

This study includes all the objects worked in bone and horn of the cueva de la Paloma, preserved at the National Museum of Natural Sciences in Madrid. It is a very important assembly of the technology and mobile art of the Upper Palaeolithic.

The author criticizes the opinion stated on La Paloma, presents those materials a whole, establishes parallels and propounds a chronology of the moments of occupation of the Cave. As it looks to him in La Palomathere are three great moments of occupation:

The Cantabrig «lower Magdalenian» represented by tools which are classified in the Magdalenian III and IV of the classification by Breuil.

The Cantabrig «final Magdalenian» with evidences of the Magdalenian VI and of the Inferior Azilian.

The Postpaleolithic: Neolithic, Bronze and Iron Age.

*I. BARANDIARAN,
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Zaragoza.*